

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXVII

San José, Costa Rica **1933** Sábado 23 de Setiembre

Núm. 12

Año XV. No. 662

SUMARIO

Equitación gaucha de la llanura	Justo P. Sáenz h.	Las moscas	Horacio Quiroga
El Cónsul de la República Argentina en Costa Rica que se llamó don Arturo Urién	Carmen Lyra	Tres canciones dispersas	Enrique Banchs
Recordando a don Arturo Urién	Rómulo Betancourt	¿Qué es la Revolución de Octubre?	León Trotsky
Trotskismo y Leninismo	Arturo Rosenberg	De un varón argentino según el Espíritu	Juan del Camino
Carta abierta a Vandervelde	León Trotsky	Seis baladas	Hernán Gómez

NUMERO DE LA REPUBLICA ARGENTINA

(Bajo la dirección de ENRIQUE ESPINOZA. Buenos Aires, Rep. Argentina)

Era aquella una pista homérica, sin duda la más amplia que "haya salido de manos del Creador y tal vez aunque él lo quisiera no podría hacer otra cosa mejor...", ha dicho Cunninghame Graham refiriéndose a las pampas, y a fe que el gran escritor inglés asignó toda su real importancia a la topografía de esta región (1) que ha engendrado, por eso mismo, las manifestaciones más originales de la equitación argentina.

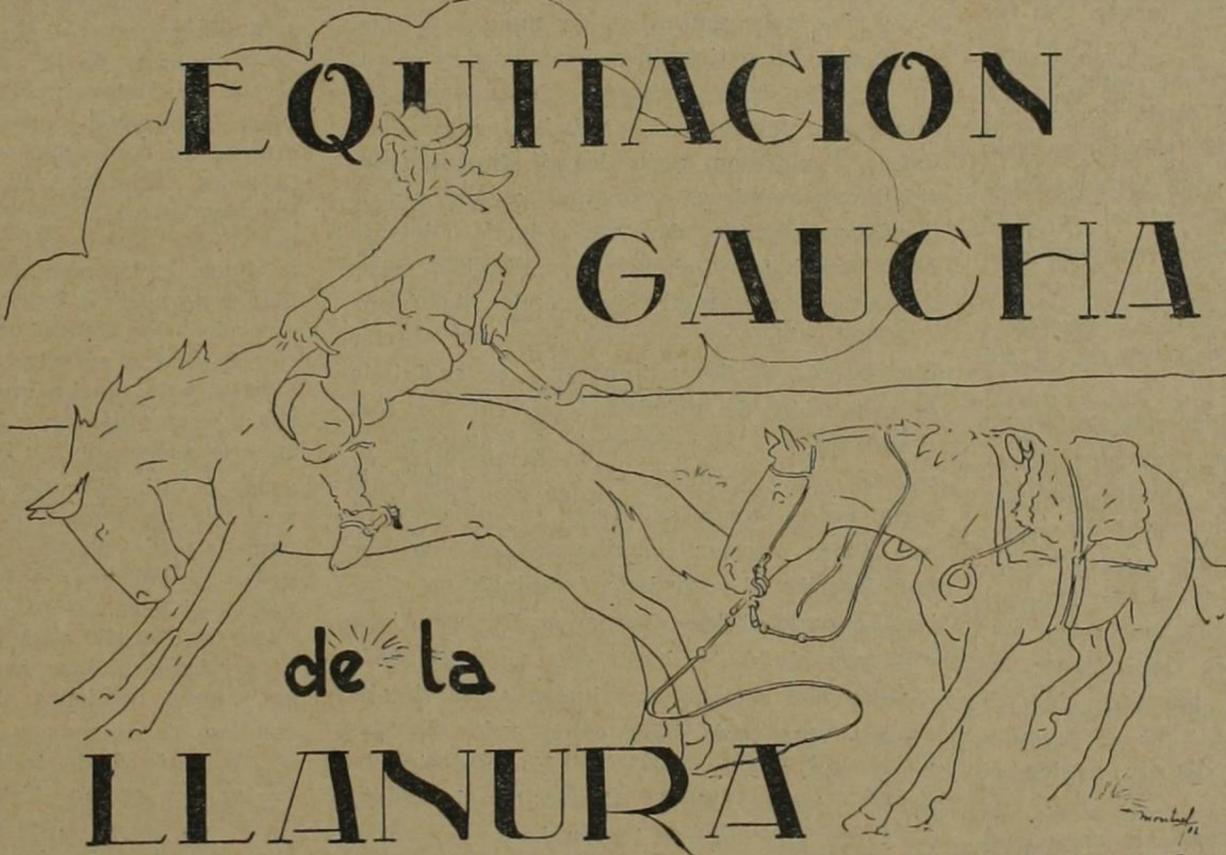
Así es como, exenta de los obstáculos que a la expansión del jinete siempre ofrece el bosque o la serraña, su arte se caracterizó por la velocidad en los aires, que del "tranco" pasan sin intermedio alguno al galope y de éste a la carrera. Abona la antigüedad de esta costumbre lo que el marino español don Juan Francisco Aguirre, que visitó Buenos Aires y sus contornos el año 1782, dice en la página 149 de su diario de Viaje, publicado en Los Anales de la Biblioteca de Groussac: "Sufren (los caballos) un trato riguroso; en marcha siempre los llevan a la carrera y galope que llaman "paso de la Virgen" (2).

En efecto; nuestro hombre de los llanos

(1) Denomino "región de las pampas" al total de la provincia de Buenos Aires, sur y centro de Santa Fe, porción meridional de la de Córdoba, toda la gobernación del Río Negro y la mitad este de la de la Pampa Central.

(2) "Los caballos no trotan — escribió el capitán inglés G. B. Head en su libro "Las Pampas y Los Andes" el año 1825, — y es imposible trazar línea entre el tranco y el galope o de paso solamente por el país alterar el sistema de cabalgar, que en todas las pampas es cruel".

(3) "Pasuco como caballo de médico" — oí decir con sorna a un viejo gaucho porteño, quien, por lo visto, no ignoraba que efectivamente los facultativos del Buenos Aires antiguo empleaban para recorrer su clientela animales de semejante andar.



EQUITACION GAUCHA

de la

LLANURA

por

JUSTO P. SAENZ (R.)

SUS CARACTERISTICAS

(De un libro en preparación: *Los aperos criollos*)

desdeña el trote—"de lechero", suele motejarlo despectivamente,—tan utilizado por el indio pampa de otrora y el paisano mesopotámico de la actualidad, igual que el sobrepaso (3) y los "marchados" praticadísimos en el Centro, Norte y Oeste de la República.

El sistema de emplear una tropilla para viajar rápidamente largas distancias, que debido a la perfección alcanzada en su desarrollo, así como por lo difundido que fué en otro tiempo, resulta toda una peculiaridad del país, tuvo en dicha región su más natural escenario. Favorecido por la herboza de sus llanuras, que no ofrecían problema alguno de alimentación a resolver, y consecuencia directa de la característica que acabo de apuntar, tal sistema permitía cum-

la aparente uniformidad de las planicies.

Aun cuando la forma e implementos del recado porteño—empleado sin excepción en las regiones que estoy tratando—han variado considerablemente desde la penúltima década del siglo pasado, a tal punto que es difícil reconocerlo como el mismo, siempre se adaptó admirablemente al antedicho estilo de cabalgar. Liso, casi plano, sin borrones, complementado con estribos sólo aptos para la punta del pie y abiertísimo de bastos como para alejar las piernas del jinete lo más posible de los flancos de su cabalgadura, facilita en grado sumo el desprendimiento de

(4) En el Sud Este de Buenos Aires, los criollos de antes solían por hábito, cabalgar sin estribos o cuando más con el del lado de montar únicamente. Todavía aunque en proporción mucho menor se conserva dicha costumbre, siendo por otra parte muy frecuente, hoy en día, tanto en esa región, como en el resto de la Provincia de referencia, que al comenzar cualquier trabajo peligroso o rápido, el jinete proceda a acomodar sus estribos bajo el cojinillo, cruzando las estriberas sobre la parte anterior de los bastos.

plir jornadas increíbles de 150 kilómetros de sol a sol con un mínimo desgaste de cabalgaduras, puesto que éstas se cambiaban por lo común cada tres o cuatro leguas.

La otra característica de la equitación pampeana, originada, bueno es advertirlo, por factores no, y en muchas zonas desaparecidos, es el suelto y me atrevo a llamar "volante" asiento que adopta el jinete, el que unido a su ligerísimo estriar, (4) lo habilita para sortear con éxito, evitando con oportuno brinco ser arrastrado por su caballo al tumbarse, las trampas que la vizcacha, el peludo y el pajonal tiéndenle a cada instante en

aquel en la rodada, acto que debe ayudarse con una instantánea distensión de muslos y un súbito endurecimiento del busto echado resueltamente hacia atrás para propulsarse con el envión de las ancas.

Las hazañas del "parador", como llaman en la campaña al jinete que al rodar a costalar su caballo cae siempre de pie, continuarán por mucho llenando con sus ecos las tertulias del fogón y admirando al extranjero que le toque presenciarlas, como le ocurrió al citado don Roberto Cunninghame Graham, cuando nos refiere en uno de los magníficos relatos de su libro "El Río de la Plata": "De repente su caballo, con todo y ser un flete de primera, seguro de pies, listo, muy ladino, escarceador y coscojero, metió la mano en un agujero y dió una voltereta. Cayó como piedra desprendida de las tenazas de una grúa. Su enérgico jinete abrió las piernas y echó una parada con tal maestría, que teniendo todo el tiempo el cabestro en la mano, sus recias espuelas de hierro resonaron contra el suelo como grillos. Cuando el caballo saltó sobre sus pies, el jinete, agachando la cabeza y recogiendo el codo izquierdo contra el costado, le cayó de un brinco en la espalda y se perdió al galope con tal prisa que se dijera que yo estaba soñando y sólo había despertado treinta años después para cerciorarme de mi sueño" (5).

Tampoco pasó inadvertida esta habilidad para el referido don Juan Francisco Aguirre, puesto que en una de las interesantes observaciones de su Diario de Viaje (año 1782) consigna: "Poseen por sobresalientemente las gentes del campo el uso del caballo, esto es lo que se llama tenerse; y así, a la carrera, ninguno sale del recado; en la rodada muchos quedan parados, esto es en pie; en los corcovos los más se tienen y los domadores al primer día de cogido el potro lo ensillan".

Agregaré que es tan grande la seguridad que tienen algunos de estos "paradores" de salir bien de semejante trance que, como más de una vez lo he visto, se hacen pialar de sorpresa el montado, o bien el potro, al transponer éste la puerta del corral convertido en un turbión de vertiginosos corcovos (6).

En lo que concierne al adiestramiento propiamente dicho del caballo, la equitación pampeana no ofrece—a excepción hecha de la nortea, que es más perfecta—diferencias apreciables con la del resto de nuestro país. Sabido es que el jinete argentino,—como todo aquel para quien el caballo es un elemento no sólo de acción y transporte, sino

el eje de su vida entera, léase: árabe, cosaco, cow-boy, huaso, llanero y mejicano—posee un concepto muy distinto del europeo sobre lo que debe ser su cabalgadura. El cuello rígido y la boca firme tan apreciados por éste, que al ofrecerle al par de una activa gimnasia para los músculos de su brazo, el considerable apoyo de las riendas siempre tensas, fué menospreciado por aquellos que se mantienen a caballo no a fuerza de rodillas y manos, sino por virtud de innato equilibrio. Tal método, que podría calificarse de "natural", permite un cabalgar más descansado, no pone limitaciones al uso del brazo derecho y, sin excluir su instantáneo control, concede de por sí la libre iniciativa que el animal necesita para desempeñarse en las diversas funciones a que está destinado. Porque las "pechadas" y corridas en el rodeo, el trabajo del lazo, la cacería a bola de casi todos los representantes de nuestra fauna, junto con los extinguidos deportes de "el pato" y "la cogoteada" y los legendarios entreveros a lanza de las caballerías gauchas, exigen y exigieron animales de fina sensibilidad para tenderse a un lado o a otro a lo ñandú perseguido, dispararse hacia adelante cual una bala y clavarse en el sitio como una estaca, a la menor insinuación del freno.

A pesar del por muchos conceptos objetable sistema de doma imperante en casi toda la extensión de nuestro territorio, es sorprendente el alto porcentaje de caballos que reúnen estas condiciones, y mucho más lo sería antes, como es lógico imaginarse, en que fuera común encontrarse con los que nos describe el recordado Cunninghame Graham, cuando al desembarcar en Buenos Aires, allá por el 70, se halla con que: "... todo caballo que pasaba a primera vista dejaba conocer que tenía boca como seda, de esas bocas con que se sueña en Europa, sin encontrar jamás caballo alguno que la tenga, en tanto que aquí la tenían hasta los caballos de los más pobres, que también enarcaban los cuellos como si hubieran sido adiestrados en los mejores picaderos del mundo" (7).

La excepción que he señalado en favor de la equitación nortea argentina—verbigracia: la de Salta, que por la importancia de su ganadería es provincia de las clásicamente "caballistas"—admite la siguiente explicación: En aquellas regiones de relativa penuria forrajera, el caballo es más escaso y caro que en las llanuras del Sur. De ahí que su hombre de campo procure cuidarlo y aprovecharlo más intensamente, y de ahí también que, privado por tan obvias razones de la variada práctica que suministra una elevada proporción de animales por jinete, ese hombre de campo, repito, y no es paradoja, resulte en todos los casos superior "equitador", pero siempre menos "de a caballo", en el sentido lato de este modismo, que el paisano de las pampas.

Porque para "mantenerse a caballo en todo apuro", según la glosada frase de Hudson, no hubo ni hay nadie como el porteño. ¿Causas? La extraordinaria abundancia de equinos, ya citada, de su región, además de la calidad de sus pastos y cualidades fosfáticas de su suelo, conjunto de circunstancias que hizo que aquéllos fuesen más vigorosos y por lo tanto mayormente ariscos y rebel-

des que los de otras partes del país, incluyendo a las muy gauchas provincias de Entre Ríos y Corrientes, donde el yeguarizo no alcanza nunca el desarrollo y el nervio de los de la zona pampeana. El cruzamiento con el "puro de carrera" iniciado en Buenos Aires según se sabe por los años 1820, y cuya raza quedó ya apreciablemente difundida en su campaña, cuarenta años después, también influyó, como es de suponer, en el temple de sus domadores, ya que no se discute que los mestizos, de esta sangre son muchísimos más briosos y "bellacos" que los de cualquier otra.

No creo que se encuentre fuera de la índole del presente trabajo, una descripción en términos generales de las diversas fases de la doma, tal como se efectuó y efectúa en la región de la referencia, sobrentendiéndose que en ella paso por alto pequeñas variantes locales de procedimiento, que no afectan mayormente el carácter de dicha faena. Primera: En la estación del otoño, época en que está más fuerte el ganado y ha desaparecido el peligro de la mosca, a poco de salir el sol, se piala el potro en el corral, donde fuera introducido con la manada. Previa una afrentante cerdeada, se le embozala y ajusta a los "asientos" el bocado de guasca con las riendas. Allí tendido en tierra, el domador y su "apadrinador" o ayudante y... comedidos, lo tironean de la boca en la forma más ruda posible, hasta juntarle el hocico con el pecho. Es común que a los muy duros de cogote se les arrastre por el polvo con otro caballo a la cincha que tira directamente de sus pobres quijadas o bien que, para aprovechar la fuerza de las terribles coces que descarga el animal caído, se amarren las riendas a la ancha manea que ya se le ha colocado en las patas de atrás. Segunda: A gritos y rebencazos han hecho levantar el potro—si éste no se da de nuevo contra el suelo de miedo o de rabia,—y ajustado el maneador o el lazo con que se le aprisionan las manos, comienza el domador a ensillar con las piezas más elementales de su apero, el ayudante asido todo el tiempo de una o de las dos orejas. Tercera: Ya está ensillado y pronto, siempre que el dolor de la cincha no lo impulse a echarse negándose a incorporarse hasta que no le quiten el recado, dificultad que los patrones de antaño solucionaban prestamente, ordenando su monta "en pelos". Entonces el domador le desprende la manea de las patas, y en tanto que el apadrinador "le da tormento" más que nunca, colgándose de sus orejas, alista el rendaje y aparentemente sin pisar el estribo se posa tan suave en el recado que el bagual parece no sentirlo, hasta que ya recogido el cabestro manda se le zafe el lazo o maneador de los remos anteriores y... ¡Amigo que Dios lo ayude! Cuarta: Un bellaquear continuo que por término medio no excede de cuadra y pico, una disparada loca, un desgachado trotar y el potro, sangrando por la espuela y aturrido por el rebenque, es vuelto hacia el corral con ayuda de los apadrinadores. Quinta: Nuevos tirones desde arriba y desde abajo para que "sienta y se le dará riendas, después de darle dos o tres sentadas, lo maneará y correrá maenado, pero la boca", y se le ata a un palenque o a un "trozo" (8), por supuesto que ya desensillado, con el fin de que afloje bien el pescuezo, para largarlo después con bozal en un potrero chico. Sexta: Durante varios días consecutivos, siguesele palenqueando y ensillando, con por

(5) Al tratar la equitación argentina nortea (Salta, Tucumán, Catamarca y Jujuy) y cordillerana (Mendoza y San Juan), verase que el criollo de estas regiones carece de tal habilidad, por no prestarse para ello no sólo la índole de sus faenas ecuestres, sino el apero que usa y su particular manera de cabalgar. En cuanto al correntino y al entrerriano, la poseen casi en igual grado que su compatriota de las pampas.

(6) Asimismo Guillermo Enrique Hudson, en su libro "El Ombú", escribió en el apéndice al primer cuento de dicha obra, y refiriéndose a la destreza ecuestre del gaucho de sus mocedades: "... Hombrés cuya existencia o cuyo éxito en la vida dependía tanto de su equitación y cuya gloria principal era poder mantenerse a caballo en todo apuro, y cuando eso no era posible, dejarse caer graciosamente y de pie, como un gato".

(7) "Buenos Aires, antaño", de "El Río de la Plata". Versión española. — Londres — Año 1914.

(8) Trozo: tronco o poste de madera dura, generalmente ñandubay, que, libre en el suelo, sirve para amarrar al yeguarizo en amansadura para que "afloje el pescuezo". En esta forma, puede el animal, si se esfuerza, arrastrarlo, pero no huir lejos con él.

supuesto menos inconvenientes, dado que ha ingresado en la categoría de "redomón" y va perdiendo poco a poco su temor al hombre, que es al fin de cuentas la razón de todas sus resistencias. En esas primeras salidas—o galopes,—principio real de la educación del alumno, se le enseña con más o menos dedicación las llamadas de las riendas y el aire del galope. Todavía lo monta su amansador con precauciones, como la mancornada del travesaño del bozal o del "penacho" de su tuso, y es asimismo durante este período que se le enseña a "cabrestear" y se le quitan las cosquillas con manoseos o una manta que se le hace resbalar por las partes más sensibles de su cuerpo. Séptima: Así, de "redomón corriente" puede durar dos meses, en cuyo transcurso se le emplea en las recorridas del campo, inicia en el rodeo y aun en las maniobras del lazo. Octava: Se le ha colocado recién el freno (9), y una vez que el redomón ha "agarrado bien el fierro", es decir, que no lo extraña en la boca, queda convertido en lo que nuestra vernácula denomina "caballo"... y esto, al menos para el hombre de campo, porque lo que es en lo que respecta al "maturrango", es más que probable que en la primera mañana fría me lo deslome de un porrazo.

Como se ve, no puede ser más sumario y brutal este sistema de doma. Escasamente se aplica la astucia humana, y en cuanto a la dulzura y la paciencia... ¿para qué habiendo tantos caballos y siendo tan bien visto en todas partes, el "cristiano corajudo para el basto?" De aquí que, como obligada consecuencia y por regla general, los mejores domadores-adiestradores resulten los hombres "miedosos" o simplemente más comprensivos, que trabajan con prolijidad al animal en el palenque, "de abajo", como se dice, hasta lograr una mansedumbre que más tarde suelen hábilmente completar, cabalgando el potro atado corto a la "asidera" del montado de su ayudante. De este modo, retenido su cuello, que es su base de acción, aquél ignorará por siempre el poder de sus corcovos y, hecho paulatinamente al trato del hombre, se entrega con rapidez, salvo infaltables casos en que se impone el rigor de la lonja y la rodaja, aplicadas por alguien que pueda mantenerse victoriosamente arriba.

Con ser tan completo el dominio que ejerce nuestro campesino sobre su cabalgadura, además del agudo espíritu deportivo que posee, no deja de llamar la atención lo poco dado que es a los saltos y a las acrobacias ecuestres. Si bien es verdad que más de una vez, cuando lanzando a la carrera por cualquier circunstancia, su caballo se encuentra ante algún pequeño obstáculo natural, tales como matas, troncos caídos, cuevas o zanjas, no procura desviarlo y se los hace salvar con más o menos éxito, también es cierto que esto lo consigue a base de mero arrojo, pues nunca, puede decirse, recibió su animal apropiado adiestramiento. Suelen sí conocerse señaladísimos casos de caballos saltarines de alambrados, que si no eluden limpiamente uno de siete hilos, por lo menos desatando dos o tres de éstos lo hacen con facilidad. Más de una relación semejante tengo oída

(9) Una difundida creencia gaucha supone que el redomón enfrenado en época de luna llena, padecerá de babosidades en la boca por el resto de sus días, cosa sumamente incómoda para la ropa del jinete y la plata de un apero.

Quiere Ud. buena Cerveza?...

Tome "Selecta"

No hay nada más agradable ni más delicioso.

Es un producto "Traube"

y aun comprobada. Pertenecen por lo general a cuatrerros o gente de avería, y siempre verifican el salto hallándose desmontados y con un poncho o cojinillo colocados previamente sobre el cercado, para indicarlo mejor.

En la provincia de Buenos Aires perdura aún la costumbre de hacer pasar sobre el vacuno muerto, y a tiempo de comenzarse a carnearlo, el caballo de su enlazador. Esto, a pura decisión... y nazarenas, lo mismo que los saltos de fogones o lienzos de corral, diversión a que suele entregarse alguna vez el paisanaje ebrio, o simplemente deseoso de lucir el pingo (10).

Los saltos en largo, por causas fáciles de imaginar, son menos raros en la equitación pampeana, y don Juan Manuel de Rosas mismo, lo prescribía como parte del trajín diario de los caballos de su silla, cuando dice en sus instrucciones para la administración de estancias, escritas en 1825: "... Hecho esto, ensilla con el peso que iguale al mío procurará que en esta operación no se canse ni se fatigue el caballo. En seguida lo hará saltar la zanja y después lo hará dar vueltas al derredor del palo".

Y a propósito de correr maneado. Constituía este ejercicio parte integrante de la educación de todo caballo de estima en aquellos tiempos

Requeríalo así, el tan frecuente empleo de las boleadoras, con las cuales el gaucho, el indio o el soldado, detenían a su enemigo en fuga, trabando los remos posteriores de su cabalgadura.

El varón hábil en esas lides solía parar el "tiro de bolas" con el extremo inferior de su lanza, al cual se enroscaban como víboras las "sogas", una vez que el jinete en retirada y a escape, extendía aquella por sobre el anca del montado rayando el suelo con el regatón. Entre pampas y montoneros era común igualmente, que al ser batidos, entraran a dispersarse por parejas, huyendo

(10) Conoci en el partido del Azul un viejo paisano que fuera estanciero en su juventud pero que por haber dilapidado todos sus bienes, se encontraba a la sazón de "mensual" en una estancia. Refirióseme que una de las diversiones que aceleraron su ruina, consistía en adquirir en las pulperías largas piezas de bramante (género muy en boga antaño para camisas y calzoncillos) para, una vez extendidas a su plena longitud y a través del camino, hacerles pegar fuego por uno y otro extremos. En llamas el bramante, nuestro gaucho y sus amigos, como poseídos de un frenesí, hacían saltar sus caballos sobre éste de un lado al otro, hasta que se consumía por completo y llegaba el momento de comprar una nueva pieza.

así y con sus chuzas cruzadas a la altura de los garrones del flete.

He oído decir que hubo quienes se cubrían en parecida forma, valiéndose de un poncho grueso, pero siempre me pareció éste un harto débil escudo para tan temible arma arrojada.

Con todo, era de vital importancia en la antigua vida de nuestras campañas, que un caballo no interrumpiese su galope al sentirse "boleado" y a ello tendía el mencionado adiestramiento que se efectuaba, primero: atándolo con una guasca larga una mano con otra para ir paulatinamente acortándose a medida que el animal se desempeñaba en la carrera y mudar luego dicha traba a las patas, cuando se le consideraba ya suficientemente capacitado para ello.

En lo referente a otras "pruebas", como las que tan justa fama han dado al cow-boy y al cosaco, verbigracia: el cabalgar de pie sobre la silla, el recoger objetos del suelo, etc. nuestros jinetes de los llanos las ignoran, ya que "los hechos" de pararse en el caballo inmóvil para observar a distancia o alzar las boleadoras con el cabo del rebenque, indudablemente favorecido por la altura de las pajas, no pueden en ningún modo parangonarse con lo que hacen aquéllos. Y no es agilidad ni vigor lo que les falta. Rosas, lo dice Hudson en "El Ombú"—página 100 de la versión castellana de Eduardo Hillman,—podía, persiguiendo una potrada cimarrona, arrojar de su caballo y caer sobre el bagual que eligiese, y los numerosos espectadores del concurso de doma celebrado en 1910 en los terrenos de la vieja Sportiva de Palermo, recordarán cómo Lazarte, un criollo del Tandil, brincó desde su caballo a los lomos del potro que apadrinaba—el cual había volteado a su jinete y huía a través de la pista,—para derribarlo a poco de un tazerazo y "salir corriendo" frente al palco del jurado, presidido por el general Roca.

Pero, conviene repetirlo, todos los ejercicios relacionados, no provienen de una práctica hípica regular, sino que son iniciativas individuales, nacidas al calor de un instante. La congénita indolencia del gaucho, con su voluntad de no emplearse en un esfuerzo físico que exceda al estrictamente necesario, conspiraron siempre contra la espectacularidad de su equitación. A estos motivos podría sumarse el del apero que utiliza, evidentemente inapropiado por la ausencia de arzones y escasa capacidad de estribos.

El Cónsul de la República Argentina en Costa Rica que se llamó don Arturo Urién

= Envío de la autora. San José, C. R. =

Allá por el 1927 el gobierno argentino nos mandó un cónsul que se llamó don Arturo Urién y que estaba hecho, sin duda alguna, de una madera bien diferente de aquella con que los gobiernos fabrican a sus diplomáticos, pues este cónsul era de palo recio, de ese para el que no hay comején que le entre.

Es natural que dado este antecedente, pasara desapercibido entre la alta sociedad y en los círculos oficiales, en donde gozan de prestigio solamente aquellos diplomáticos que dan banquetes y asisten a las comidas y fiestas que se acostumbra por esas bajuras. Aun más, mucha gente perteneciente a ese grupo, lo consideraba como excéntrico porque les huía y los miraba de arriba a abajo y porque le interesaban los problemas sociales y por lo tanto, los educacionales, asuntos que ellos miran con indiferencia o mala voluntad.

Era don Arturo Urién un viejo de noble apariencia, pulcro en el vestir, más bien alto, de tronco recio con una hermosa cabeza blanca sin el menor asomo de calvicie. El rostro moreno aceitunado, con unos ojos que se asomaban mucho al exterior, abiertos de par en par como para que entrara toda la luz, con una mirada que parecía invitar a su interlocutor a adentrarse en la conciencia limpia, sin polvo ni repliegues, ni rincones oscuros que su voluntad había ido lavando hasta dejarla así, como las manos de un trabajador que después de la faena se las friega bien con simple jabón y agua pura.

En su juventud fué militar, y según él mismo me contara, un militar pecador.

En una ocasión me mostró una fotografía suya de sus años de mozo y de soldado. Era una figura vulgar más bien, adocenada como la de la mayor parte de los militares que ganan sus grados en tiempos de paz. La comparé con la figura que tenía ante mis ojos, y me di cuenta de que los años le habían dado belleza y prestancia. Por lo que sabía de él, comprendí que el ennoblecimiento interno había ido transformando los rasgos de su fisonomía. Conforme su espíritu se había ido quemando de toda escoria, su cuerpo se había ido quedando libre de la grasa que, como una excrecencia aparece sobre el gusto que el egoísmo concede a la sensualidad.

Fué este un hombre que se había ido



Don Arturo Urién rodeado de algunos niños de la Escuela Maternal

haciendo joven conforme pasaban los años, al revés de los mortales, y así el correr de los días, en vez de robar energía y frescura a su espíritu, lo volvía ágil, fuerte y dispuesto a la renovación. La experiencia no agrió ni desilusionó su pensamiento, sino que lo hizo generoso, como el curso del tiempo vuelve generoso al vino hecho con buen mosto.

A poco de tratarlo, me di cuenta de que me había encontrado con uno de los hombres mejores que le es dado a una persona hallar en su camino. La costumbre de tratar viejos y jóvenes costarricenses cuyo lema es "más vale malo conocido que bueno por conocer", que es lema de débiles, de los incapaces de toda creación, hizo de mi encuentro con el viejo Urién, algo inolvidable. ¿Estaba yo tan poco acostumbrada a ver acoger con alegría una empresa tendiente al ennoblecimiento humano! ¿De dónde venía este cónsul que en lo que menos pensaba era en el lucro personal y en las zalemas a ministros y demás fantoches honorables, y que ponía tanto entusiasmo en el deseo de que un centenar de pobres chiquillos estuvieran contentos? Era admirable verlo poniendo su cuerpo enfermo al servicio de sus ideas de egoísmo amplio como la bóveda del cielo. Y su cuerpo enfermo le obedecía silencioso como un criado inteligente las órdenes de un amo inteligente.

Sólo he conocido dos viejos que no

dejaban caer, como una plancha de piedra esto que corrientemente se llama experiencia, sobre cualquier brote con trazas de llevar capacidad para cambiar de forma a las costumbres establecidas, y uno de estos dos viejos fué don Arturo Urién. Es claro que no me refiero a la complacencia con que las mujeres acogen las modas nuevas, no, me refiero a la actitud ante la aparición de manifestaciones de vida más hondas que el corte de un traje o la forma de un sombrero. ¡Qué cosa fría es esta experiencia que pasa como una racha invernal y hiela los frutos nuevos! Se me viene en este momento a la memoria la sonrisa desilusionada y amarga de un individuo que yo conozco, que trata de apagar la rebeldía joven que se manifiesta en derredor suyo con el relato de sus pobres y desorientadas actitudes que nunca lo llevaron más allá de ser primer actor en escenarios momentáneos, sin la menor trascendencia en la vida del país. Experiencia infeliz cuyo factor principal fué una vanidad epidérmica que se podía raer con la uña. En cuanto a don Arturo Urién, no quiero decir que obrara a tontas y a locas, pero su experiencia tenía la sabia oportunidad de la aguja imantada de la brújula en los momentos de extravío. Ha sido uno de los espectáculos que más goce han ofrecido a mi espíritu, este de la experiencia de un viejo sirviendo de arco a una flecha recién salida de los talleres de la vida. Y por cierto que voluntades mucho más jóvenes que la suya, no han sabido como este hombre añoso, ofrecer a la saeta, la tensión necesaria para que al ser disparada diera en el blanco o se acercara a él. He conocido otros viejos que parecían ponerse siempre del lado de la juventud, pero en su gesto yo adivinaba el deseo de olvidar sus años, de ocultarlos como una vergüenza; había allí no sé qué del viejo verde. No era el caso del viejo Urién, que fué viejo inteligentemente, con la naturalidad con que el niño es niño y el mozo es mozo.

Pero si en Costa Rica no frecuentó la alta sociedad, frecuentó en cambio la de los niños, pobres que es algo así, con respecto a aquélla, lo que los bastidores de un rico decorado en una representación teatral.

Tenía todas sus esperanzas puestas en

los niños de hoy y creía de buena fe, que la salvación de la sociedad está en la escuela. Decía que aun cuando la escuela es un instrumento del capitalismo, éste no puede impedir que las letras que la escuela enseña, sirvan de canal a las nuevas ideas.

Aquí en Costa Rica se entusiasmó, frecuentando nuestra Escuela Maternal, le interesó mucho lo que puede hacer la educación pre-escolar, creía con las personas amigas suyas que trabajábamos en ello, que es de primordial importancia, poner mucha alegría en las bases de la vida humana para que haya fuerza en la lucha futura.

Hay que defender a los niños—se decía con absoluta convicción—. Y entonces, en vez de dar banquetes a los diplomáticos y personajes oficiales, empleaba el dinero que ganaba en calzar patillas descalzas para librarlas del anquilostoma, en alimentar niños hambrientos y en ayudar a las pobres madres que no tenían con qué pagar la casa.

En una ocasión fui a solicitar del Presidente de la República, que en ese tiempo era don Cleto González Víquez, se interesara en la construcción de un edificio adecuado para la Escuela Maternal y le conté lo que por los niños costarricenses desvalidos, hacía este cónsul que nos había mandado la Argentina. El único comentario al respecto que se le ocurrió al Presidente de la República fué el siguiente:

—¿Aquel que dicen que es chiflado...?

—Sí—le contesté—dicen que es chiflado porque ahora llaman chiflado al hombre honrado y al que tiene un egoísmo diferente al de las gallinas con pollos, que no cubren con sus alas sino a las criaturillas que han salido de los huevos empollados a su calor.

Pero don Cleto no hizo caso de mis palabras. En general al Presidente de cualquier república de éstas, no le interesa mucho la salud de los niños del país que gobierna. Luego pensé también, que en los círculos diplomáticos y oficiales, no puede tener valor alguno un cónsul que no da banquetes ni asiste con plumas en el sombrero y cruces en el pecho a las recepciones, y que se interesa porque los chiquillos del país en donde sirve no tengan anquilostomas.

A su país regresó hace dos años don Arturo Urién.

Apenas llegó, en vez de pensar en rodear de comodidades sus últimos años, compró con sus ahorros una chacrita para establecer en ella una escuela al aire libre. Seguía el viejo con su **chifladura**, con su fe en la educación. En la escuelita de **Máximo Paz**, como llamó él la chacra, recogería cuanto pibe desvalido se le presentara, y lo ayudaría.

Sus cartas llegaban siempre llenas de fe en su obra a pesar de los fracasos. (Estoy pensando en la boca que sonrío desilusionada por unos ensayos de diletanti que llevó a cabo en su juven-

tud). He aquí algunos párrafos de sus cartas:

“Mi proyecto campesino marcha lentamente. La crisis tremenda que nos ha invadido, ha destruído mis cálculos. Esto sin embargo, yo continúo manteniendo

Recordando a don Arturo Urién

= Envío del autor =

Entre los recuerdos que ya no morirán en mí está el de este anciano pleno de juventud mental que falleció el mes pasado en Buenos Aires. Lo conocí cualquier día, en la Escuela Maternal, de San José. Era, en ese momento, un anciano de cabellos blancos que acariciaba la cara triste de un chiquillo. Cuando me informaron de su posición—la de Cónsul de la Argentina en Costa Rica—mi aprensión por esa casta de ujieres empalagosos e hipócritas me dió un alerta. Su gesto, al acariciar con infinita ternura la cara maltratada por la miseria de aquel niño, lo interpreté como una de esas pantomimas usuales entre las gentes del casaquin galoneado.

Le traté después. Muy poco, casi accidentalmente. Los imperativos de mi vida de revolucionario me obligaron a alejarme de Costa Rica por esos mismos días. Mas, las pocas veces que conversé con don Arturo bastaron para que la aprensión del primer día se me hiciera añicos. Aquel diplomático no era de la misma estirpe palaciega y despreciable de los otros. Aquel anciano no tenía tampoco esa bondad negativa de los que ya no pueden ser pícaros porque su fisiología en bancarrota se los impide, sino que estaba en posesión de esa otra bondad juvenil y agresiva que se resuelve en descontento con las formas de vida existentes y en ansias de vida nueva.

Después, nos escribimos en muchas ocasiones. Me enviaba folletos, libros, literatura revolucionarios. Sus cartas estaban todas impregnadas de una enérgica fe porvenirista. Ante el espectáculo de la organización capitalista en franca decadencia, no adoptaba la actitud spengleriana de vincular a ella el fin mismo del proceso cultural humano. Enfocando el problema certeramente, sólo veía inminente el derrumbe de un determinado tipo de cultura, forjado sobre la espalda doliente de millones de explotados, para abrirle paso a una forma superada, y con amplia base humana, de cultura nueva. Era socialista, dándole a este concepto su prístino sentido y no la desnaturalizada interpretación contemporánea al uso entre los MacDonald y los Vanderverde.

En su interpretación de los fenómenos sociales acaso no era fiel a principios ortodoxos. En su ideario, las concepciones socialistas científicas se mezclaban con reminiscencias anarquistas y con acentuadas influencias del utopismo saintsimoniano. Assignaba una virtualidad exagerada al poder transformador de la escuela. Creía, con el mismo impulso, generoso y desorientado con que Roberto Owen se dió a organizar colonias comunistas en Florida, que aun dentro del régimen vigente, los niños educados en escuelas de nuevo tipo podían llegar a realizar el tipo de hombre nuevo. La muerte le llegó precisamente cuando estaba levantando una escuelita de esa índole en una “chacra” de los alrededores de Buenos Aires. Este proyecto, como todos los suyos, tenía una dosis grande de ese romanticismo anhelante, y un poco desorbitado, que caracteriza a los grandes

do el propósito y trabajando para ver si a la larga venzo. Si bien el dinero me falta, tengo a mi favor la ausencia de deudas, y trabajando la tierra e ingeniándome por otros medios voy a tantear de desfacer el entuerto. ¡Adelante con los faroles!”

“Y bien, ahora estoy en tren de resolver en forma más práctica, según me parece, el **magno problema** (se refiere a su escuelita al aire libre). Esta noche espero a un amigo que está interesado en el asunto, y actualmente ocupa un cargo de inspector de arte de las escuelas secundarias Falcini, a quien Amighetti, que supongo ya en Costa Rica, conoce por haberlo presentado yo cuando estuvo aquí y con el que espero poder darle una solución más acertada a todo esto. Además para diciembre tendré listo a Samuel que aun está sirviendo a la “patria” y todos nos trasladaremos allá a capear el temporal. Pero aquí me asalta una idea que me hace sonreír: ¿Y todos los de esta nueva empresa, llegaremos a uniformarnos en el propósito? ¿Qué difícil y dura es la vida, eh? Bueno, no importa, adelante, viejilla, con los faroles. No estamos en este mundo para pasar mirándonos el ombligo como Ud. bien dice, y en consecuencia, hemos de apechugar con la vida tal cual se nos presenta, sin asco y sin melindres”.

“Vengo de confirmar el primer **derrumbe triunfal** de mi proyectada colonia educativa que he denominado “El Cortijo” en Máximo Paz. Y espero que a éste, puede seguir algún otro derrumbe, lo que no dudo ha de producirme igual contento que el que me proporcionó el actual y que me ha de ofrecer un mayor acopio de fuerzas para poder seguir adelante con más bríos y mayor resolución. La pareja que llevé no ha podido ni sabido comprender la belleza de la realidad que me esforcé en inculcarles, mejor dicho, demostrarles práctica y teóricamente. No he podido vencer con los mejores razonamientos esa dura corteza y todos mis esfuerzos los veía estrellarse ante la codicia, la incredulidad y las manifestaciones bien marcadas del ambiente irrespirable de este medio. En fin de cuentas, es el resultado lógico que debía tener este primer paso en el momento y en el lugar elegidos. No he sido sorprendido pues. Esta aparente derrota, no es sino una justificación para el propósito. Si esta deformación de la vida no existiera, viviríamos más felices y en ese caso no habría sido necesario el esfuerzo y el ensayo. De modo que me consuela el saber que no estaba errado en mis juicios, y que la obra se impone y en consecuencia, el esfuerzo ha de redoblarse con serenidad y energía”.

¿Quién diría que estas líneas son escritas por un hombre de setenta años? ¿En dónde la desilusión y amargura que hay en las lamentaciones de los que le han dado la carne al diablo y los huesos a Dios? Las cartas de este viejo

(Pasa a la página 185)

(Pasa a la página 185)

León Trotsky no es sólo el vencedor de la Revolución de Octubre de 1917, sino también el más grande escritor político de nuestro tiempo. Quien no lo sepa, puede convencerse de ello leyendo el segundo tomo de su reciente gran obra sobre la Revolución Rusa. Después de haber tratado en el primer tomo la Revolución de febrero, describe Trotsky la historia de Rusia desde julio hasta octubre de 1917. En aquellos meses preñados de consecuencias, el sistema de Kerenski, tras de un triunfo aparente y pasajero, agotó sus fuerzas y fué derribado por la insurrección de los bolcheviques bajo la dirección de Lenin y Trotsky.

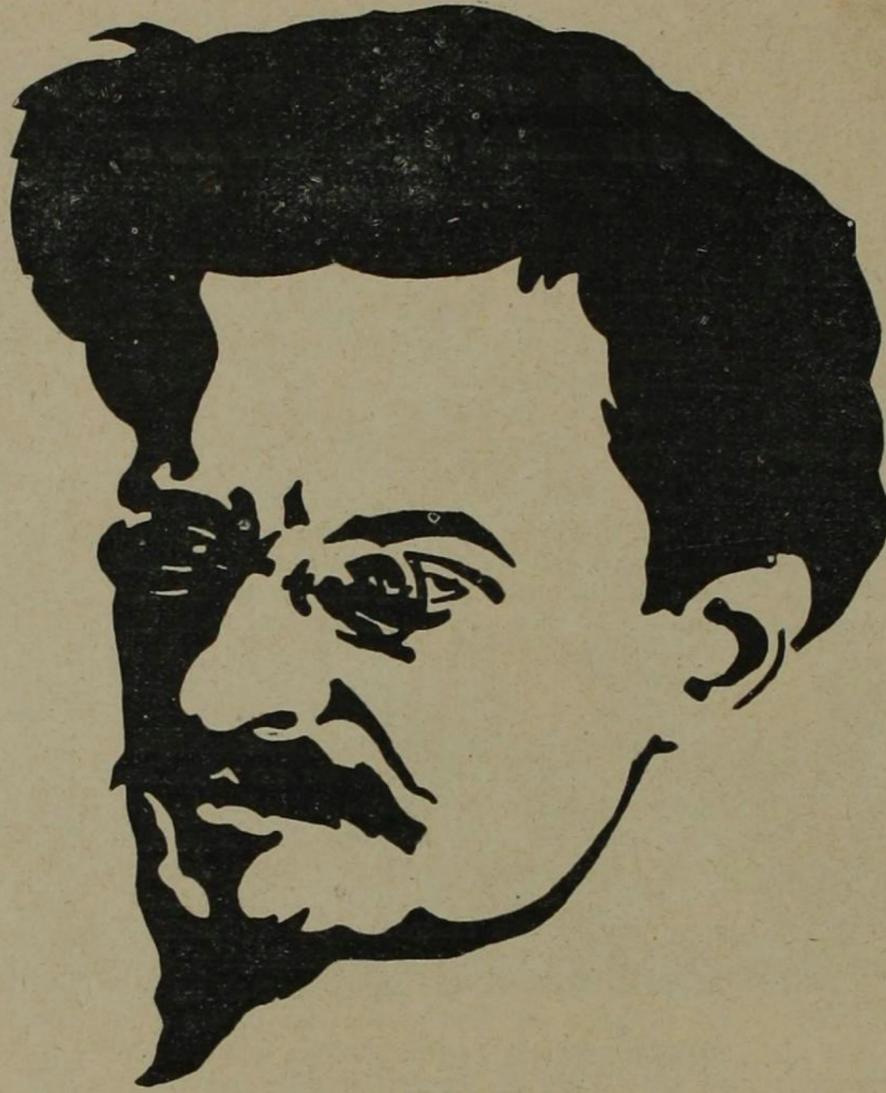
Trotsky ha sido, pues uno de los actores principales del proceso histórico que nos presenta ahora como escritor. Liga sus propios recuerdos a todo el material histórico que desde entonces ha aparecido en la literatura. Con gran cuidado y precisión ha elaborado Trotsky su tema. Los hechos particulares son reproducidos, hasta donde es posible el control, con la mayor diligencia y certeza. La descripción es muy amplia y muy exacta. Muchos datos interesantes, en parte nuevos, son ofrecidos al lector. Gracias a la fuerza magistral de la descripción no hay una sola página que sea aburrida. Al contrario, el torrente del proceso revolucionario se desenvuelve ante nosotros con extraordinaria vivacidad.

Trotsky es un maestro en el arte de escribir historia materialista en el mejor sentido de la palabra. Rechaza con decisión el criterio vulgo-marxista y estrecho que cree que todo proceso histórico es atribuible a las oscilaciones del precio del pan o cosas semejantes. El precio del pan es naturalmente un factor muy importante, pero el hambre y la miseria sólo llegan a ser factores revolucionarios cuando se producen cambios correspondientes en la conciencia social. La conciencia social nace del ser social; pero este no consiste solamente en fenómenos económicos aislados sino en la suma de las condiciones colectivas de producción. Con el espíritu de este genuino método marxista sigue Trotsky la evolución de la sociedad rusa desde julio hasta octubre de 1917 y nos muestra como ha llegado a ser imprescindible la revolución bolchevique.

Trotsky está libre de toda tendencia torpe en el sentido de querer presentar impertinente en primer plano sus propios mé-

Trotskismo y Leninismo

=De la revista alemana «Das Tagebuch», suspendida por orden de Hitler, tomamos este artículo sobre Trotsky, del eminente historiador Arturo Rosenberg, de la Universidad de Berlín. El profesor Rosenberg es conocido en nuestro idioma por su «Historia de la República Romana», publicada por la «Revista de Occidente». Su original punto de vista en la disidencia de Trotsky es desarrollado más ampliamente en su reciente «Historia del Bolchevismo».=



León Trotsky

Carta abierta a Vandervelde

= De Comunismo. Madrid =

Ciudadano Vandervelde: Hace algunos años se dirigió usted a mí por medio de una carta abierta concerniente, si no me engaño a la represión contra los mencheviques y socialistas revolucionarios. General e invariablemente, usted se ha alzado contra los bolcheviques en nombre de los principios de la democracia. Está usted en su derecho. Si su crítica no obtuvo el resultado deseado es porque nosotros, los bolcheviques, procedemos con arreglo a los principios de la dictadura revolucionaria.

Los socialistas revolucionarios rusos, sus correligionarios en democracia, han emprendido contra nosotros, en su tiempo, la lucha terrorista. Hirieron a Lenin y trataron de hacer saltar mi tren militar. Al comparecer ante el Tribunal soviético encontraron en usted uno de los defensores más resueltos. El Gobierno a que yo pertenecía le autorizó a usted no sólo a ir a la Unión Soviética, sino a erigirse ante el Tribunal en abogado de aquellos que habían tratado de matar al jefe del primer Estado obrero. En su defensa, que reproducimos en nuestra prensa, usted hizo, invariablemente, llamamientos a los principios

de la democracia. Estaba usted en su derecho.

El 4 de diciembre de 1932 me encontré de paso con mis compañeros de ruta en el puerto de Amberes. Yo no me proponía ni propagar la dictadura del proletariado ni erigirme en defensor de los comunistas y de los huelguistas detenidos por el Gobierno belga, y que, por lo que yo conozco, no han cometido atentado alguno contra los miembros del Gobierno de Bruselas. Algunos de mis compañeros, y mi mujer entre ellos, han querido visitar Amberes. Uno de ellos tenía necesidad, para su viaje, de trasladarse a un consulado de la ciudad. Se les ha prohibido categóricamente a todos tocar el suelo de Bélgica, incluso bajo escolta. La parte del puerto en que se encontraba nuestro barco estaba cuidadosamente rodeada. De un lado a otro del barco transcurrían los más conspicuos policías. Desde el puente hemos podido pasar revista a los policías de la democracia, tanto a los civiles como a los militares. Era un espectáculo imponente.

El número de flics y de boures (1)—permítame que por conciencia emplee esta denominación

(Pasa a la página siguiente)

(1) Policías y guardias.

ritos. Trotsky habla de sí mismo en tercera persona para alejar de este modo el factor subjetivo de la descripción. Con todo derecho se defiende de las leyendas de los historiadores de la burocracia stalinista, que se complace en ocultar el papel de Trotsky como líder de la Revolución de Octubre.

Sin embargo, existe en la obra de Trotsky una fuerte tendencia unilateral. Es verdad que nunca se atribuye ningún mérito que no le corresponda. Pero sostiene siempre que él es hoy el representante del bolchevismo y leninismo verdaderos. Este genuino bolchevismo es el que ha ganado la Revolución de Octubre. El, Trotsky, estuvo entonces de acuerdo con Lenin en todos los problemas fundamentales de la Revolución. Sólo se habían producido algunas divergencias sobre cuestiones secundarias de táctica revolucionaria. Pero ahora domina en la Rusia soviética un mezquino epigonismo burocrático. Estos epígonos a él, el vencedor de 1917, lo han desterrado.

El lector que aborda la obra de Trotsky sin mayores conocimientos de la historia del bolchevismo, debe asombrarse de muchas cosas. Con absoluta fidelidad describe Trotsky como él mismo, en su calidad de presidente del soviet de Petersburgo y jefe militar del Comité Revolucionario, preparó y realizó la insurrección. Frente a él está la figura muy poco heroica de Stalin que trabajaba entonces como bravo redactor del órgano bolchevique del Partido, y a quien nunca se vió en las líneas de fuego de la Revolución, y que en las cuestiones que se debatían a diario mostraba una reserva extraordinariamente diplomática. Además, se entera el lector, siempre de acuerdo con la verdad, de que realmente en octubre,—excepción hecha de Lenin y Trotsky,—todas las principales cabezas del bolchevismo, empezando por Zinoviev y Kamenev, han estado contra el movimiento. ¿Cómo explicar entonces, que hoy, quince años después de la Revolución de Octubre, el redactor Stalin sea el dictador de la Rusia soviética? En cambio, el victorioso revolucionario Trotsky viva en el destierro y que los opositores de la insurrección de 1917—Zinoviev, Kamenev y otros, se encuentran ahora en desgracia y fuera del Partido o en prisión. ¿Cómo explicar estos milagros?

Trotsky no puede hacerlo, porque a la leyenda oficial de los stalinistas él opone una nueva leyenda. A saber: que él ha represen-

tado desde 1917 el verdadero bolchevismo. Ciertamente, en 1917, Trotsky era un revolucionario decidido, pero no un leninista. Y el leninismo, como tendencia, ganó la Revolución de 1917. Stalin gobierna hoy porque dentro del círculo directivo bolchevique era el mejor leninista, mientras que Zinoviev y Kamenev eran mucho menos leninistas; y Trotsky nunca lo fué.

El pensamiento fundamental del leninismo era hasta 1917 llevar a cabo la Revolución burguesa en Rusia. En cambio, Trotsky quería la Revolución proletaria y socialista. Hasta la guerra mundial los bolcheviques planearon la realización de la Revolución burguesa en Rusia de modo que una coalición de todos los grupos democráticos y socialistas asegurara el triunfo del pueblo. Durante la guerra, Lenin llegó a un cambio de consecuencias trascendentales: rechazó la unión con los demás demócratas y socialistas y exigió que los bolcheviques solos realizaran la Revolución popular rusa. La guardia vieja del Partido consideró aventurado este aislamiento de los bolcheviques y no quiso saber nada de él—hasta el día de la insurrección de Octubre inclusive. Trotsky en cambio se adhirió a Lenin en 1917 justamente por ese motivo. Pues confiaba en que la insurrección aislada de los bolcheviques llevaría, no a la Revolución burguesa y democrática, sino a la socialista.

Trotsky se ha equivocado. El triunfo del bolchevismo en Rusia no ha engendrado una organización socialista del proletariado, sino un violento mecanismo burocrático y estatal-capitalista. Contra este aparato se ha rebelado Trotsky y ha sido vencido. Tampoco pudieron hacerse a esta máquina de violencia burocrática los antiguos dirigentes bolcheviques que por su parte habían sostenido el frente único de toda la democracia rusa. Así los socialistas y los demócratas sucumbieron al centralismo burocrático de la dirección del bolchevismo. Este centralismo burocrático que ha unido a las masas proletarias y campesinas de Rusia en un capitalismo de estado, es pues el verdadero leninismo.

Acerca de estas cosas decisivas nada encuentra el lector en el libro de Trotsky sobre la Revolución de Octubre. Cuando Trotsky fué desterrado pudo llegar a ser el líder espiritual del proletaria-

AGENCIA del *Repertorio* en Nueva York: G. E. Stechert & Co., Books and Periodicals. 31 E. 10th St., New York, N. Y.

do de todo el mundo. Pero entonces él debió apartarse de la leyenda leninista a pesar de la justa admiración por el genio de Lenin y la función histórica del bolchevismo. Trotsky no lo ha hecho. Sin embargo, continúa siendo una magnífica personalidad revolucionaria y todo lo que dice y escribe merece la más profunda atención. Su crítica del stalinismo es legítima en todos sus puntos esenciales. Pero él no puede dar la palabra definitiva porque no quiere reconocer en el leninismo la raíz histórica del stalinismo.

Los lectores del libro de Trotsky pueden aprender en él como se prepara en realidad una revolución. En octubre de 1917, antes

de la toma del poder, Lenin no se presentó al palacio imperial de Petersburgo rodeado de séquito brillante. No le escribió a Kerenski ninguna carta sentimental o de derecho de estado. La sesión decisiva en la que se resolvió la insurrección tuvo lugar en una pieza cualquiera. Sobre una hoja arrancada de un cuaderno escolar Lenin trazó con un cabo de lápiz el plan que transformó a Rusia. Quien quiera conocer los aspectos de una verdadera revolución popular tiene que acudir al libro de Trotsky. No obstante sus deficiencias teóricas es una obra sólida, digna del presidente del Comité militar revolucionario de 1917.

Arturo Rosenberg

Carta abierta a Vandervelde...

(Viene de la página anterior)

familiar—sobrepasaba al número de marinos y de obreros del puerto. El barco parecía una prisión provisional; la parte próxima al puerto, el patio de una prisión. El jefe de la Policía sacó copia de mis documentos—aunque no íbamos con destino a Bélgica y no habíamos sido autorizados para descender en Amberes. Me ha pedido explicaciones sobre el hecho de que mi pasaporte esté a nombre de Sedoff. Me he negado a toda discusión con la Policía belga, con la cual yo no tenía nada que hacer.

No quiero que encuentre usted en mis palabras ninguna lamentación. Sería ridículo lamentarse por semejante bagatela ante todo lo que actualmente se hace sufrir a través del mundo a las masas trabajadoras, y en particular a los comunistas. Pero el episodio de Amberes me parece un pretexto suficiente para recordar su antigua "carta abierta", a la cual no pude responder en su tiempo.

Espero no engañarme colocando a Bélgica en el grupo de las democracias. La guerra que ustedes han llevado a cabo ha sido—¿no es verdad?—la guerra por la democracia. Después de la guerra

usted ha estado al frente de Bélgica como ministro, e incluso como presidente del Consejo. ¿Es necesario más para conducir a la democracia a su pleno desarrollo? Sobre esto yo creo que no puede haber discusión entre nosotros. ¿Por qué, pues, sin embargo, esta democracia huele tanto al espíritu policiaco de la vieja Prusia?

En respuesta, usted me recordará seguramente la Checa, la G. P. U., la deportación de Rakovsky y mi propia expulsión de la Unión Soviética. Este argumento es falso. El régimen de los Soviets no se pavonea con las plumas de pavo real de la democracia. Si el paso al socialismo fuera posible en las formas de Estado creadas por el liberalismo, la dictadura revolucionaria no sería necesaria. Con respecto al régimen soviético se puede y se debe plantear la cuestión de saber si es capaz de enseñar a los obreros la lucha contra el capitalismo. Pero es absurdo exigir que la dictadura proletaria observe las formas y los ritos de la democracia liberal. La dictadura tiene sus métodos y su lógica muy severos. Los golpes de esta lógica alcanzan con frecuencia a revo-

lucionarios proletarios que han participado en la instauración del régimen de la dictadura.

Si; en el desarrollo de un Estado obrero aislado, traicionado por la social democracia internacional, el aparato burocrático ha adquirido una potencia peligrosa para la revolución socialista. No tengo necesidad de que se me recuerde esto. Pero ante los enemigos de clase asumo la plena responsabilidad, no sólo por la Revolución de Octubre, que ha engendrado el régimen de la dictadura, sino también por la República Soviética tal como es hoy, con su Gobierno que me ha desterrado al extranjero y privado de mis derechos de ciudadano soviético. Nosotros hemos destruido la democracia para dominar al capitalismo. Ustedes defienden el capitalismo en nombre de la democracia. ¿Pero dónde va anidar esta democracia? Desde luego que no en el puerto de Amberes. Había muchos flics y bourres, gendarmes armados de fusiles. Pero no se ha podido encontrar ni la sombra del derecho de asilo democrático.

Y a pesar de todo yo he abandonado las aguas de Amberes sin el menor pesimismo. Durante la pausa del mediodía se han agrupado sobre el puente los obreros del puerto, salidos de las calas y procedentes del puerto. Había dos o tres decenas de estos fuertes y tranquilos proletarios flamencos, ennegrecidos la mayor parte por el polvo del carbón. Un cordón de policías los separaba de nosotros. Los obreros contemplaban en silencio el cuadro, abarcando con la mirada a todos los presentes. De repente, un obrero fuerte, con gorra, guiñó el ojo en dirección de los sombreros de los policías. Nuestro puente respondió con sonrisas; un movimiento agitó a los obreros. Los suyos han reconocido a los suyos, como dicen los rusos. Estoy lejos de afirmar que los obreros del puerto de Amberes sean bolcheviques. Pero por un justo instinto se han situado. Al volver al trabajo nos sonreían amigablemente y muchos se llevaron a las gorras sus manos callosas en signo de saludo. He aquí nuestra democracia, la de nosotros.

Cuando el barco llegó a Escaut, en el crepúsculo brumoso, a lo largo de los muelles con sus grúas paralizadas por la crisis, resonaron desde el puerto los gritos de adiós de amigos desconocidos, pero fieles.

Al terminar estas líneas, entre Amberes y Vlissingen, envío a los obreros de Bélgica un saludo fraternal.

L. Trotsky

5 diciembre 1932.

Doctor JORGE MONTES DE OCA

OFICINA: 175 varas al Sur del Gran Hotel Costa Rica
TELEFONOS: Oficina, 2950 -- Habitación 2740

Tratamiento eléctrico por ARSONVALIZACION DIRECTA de reconocida eficacia para Flujos e inflamaciones del vientre; ensáyelo. Cistitis, Prostatitis, Blenorragias e Hipertrofia de la Próstata; hágase ese tratamiento enseñuida.

EN Manizales, Caldas, Colombia, puede suscribirse al *Repertorio* en la Agencia de Juan E. Acuña G.

EN "La Lectura" de Miguel A. Guzmán (Callejón del Rey, Poniente, 160, Guatemala, Rep. de Guatemala) halla Ud. el *Repertorio*.

Al rozar el monte, los hombres tumbaron, el año anterior, este árbol, cuyo tronco yace en toda su extensión aplastado contra el suelo. Mientras sus compañeros han perdido gran parte de la corteza en el incendio del rozado, aquél conserva la suya casi intacta. Apenas si a todo lo largo una franja carbonizada habla muy claro de la acción del fuego.

Esto era el invierno pasado. Han transcurrido cuatro meses. En medio del rozado perdido por la sequía, el árbol tronchado yace siempre en un páramo de cenizas. Sentado contra él, el dorso apoyado en el tronco, me hallo también inmóvil. En algún punto de la espalda tengo la columna vertebral rota. He caído allí mismo, después de tropezar sin suerte contra un raigón. Tal como he caído, permanezco sentado—quebrado, mejor dicho—contra el árbol.

Desde hace un instante siento un zumbido fijo—el zumbido de la lesión medular—que lo inunda todo, y en el que mi aliento parece defluirse. No puedo ya mover las manos, y apenas si uno que otro dedo alcanza a remover la ceniza.

Clarísima y capital, adquiero desde este instante mismo la certidumbre de que, a ras del suelo, mi vida está aguardando la instantaneidad de unos segundos para extinguirse de una vez.

Esta es la verdad. Como ella, jamás se ha presentado a mi mente una más rotunda. Todas las otras flotan, danzan en una como reverberación lejanísima de otro yo, en un pasado que tampoco me pertenece. La única percepción de mi existir, pero flagrante como un gran golpe asestado en silencio, es que de aquí a un instante voy a morir.

¿Pero cuándo? ¿Qué segundo y qué instantes son estos en que esta exasperada conciencia de vivir todavía dejará paso a un sosegado cadáver?

Nadie se acerca a este rozado; ningún pique de monte lleva hasta él desde propiedad alguna. Para el hombre allí sentado, como para el tronco que lo sostiene, las lluvias se sucederán mojando corteza y ropa, y los soles secarán líquenes y cabellos, hasta que el monte rebrote y unifique árboles y potasa, huesos y cuero de calzado.

¡Y nada, nada en la serenidad del ambiente que denuncie y grite tal acontecimiento! Antes bien, a través de los troncos y negros gajos de rozado, desde aquí o allá, sea cual fuere el punto de observación, cualquiera puede contemplar con perfecta nitidez al hombre cuya vida está a punto de detenerse sobre la ceniza, atraída como un péndulo por ingente gravedad: tan pequeño es el lugar que ocupa en el rozado y tan clara su situación: se muere.

INDICE

OTROS LIBROS:

Juan B. Salazar: <i>La Escuela activa; Su implantación en México</i>	0.50
Rubén Darío: <i>Cantos de vida y esperanza</i>	3.00
G. K. Chesterton: <i>Cuatro granujas sin tacha</i>	1.25
Ivan Chmelov: <i>Cáliz inagotable</i> . Novela	3.75
<i>Teorías sobre la educación</i>	3.00
<i>Ensayos de educación</i>	3.00
<i>Reconstrucción de la filosofía</i>	5.00

Solicítelos al Adm del Rep. Am.

Las moscas

= De El Hogar. Buenos Aires =



Quiroga disecando un halcón

Esta es la verdad. Mas para la obscura animalidad resistente, para el latir y alentar amenazados de muerte, ¿qué vale ella ante la bárbara inquietud del instante preciso en que este resistir de la vida y esta tremenda tortura psicológica estallarán como un cohete, dejando por todo residuo un ex hombre con el rostro fijo para siempre adelante?

El zumbido aumenta cada vez más. Ciérese ahora sobre mis ojos un velo de densa tiniebla en que se destacan rombos verdes. Y en seguida veo la puerta amurallada de un zoco marroquí, por una de cuyas hojas sale a escape una tropilla de potros blancos, mientras por la otra entra corriendo una teoría de hombres degollados.

Quiero cerrar los ojos, y no lo consigo ya. Veo ahora un cuartito de hospital, donde cuatro médicos amigos se empeñan en convencerme de que no voy a morir. Yo los observo en silencio, y ellos se echan a reír, pues siguen mi pesamiento.

—Entonces—dice uno de aquéllos—no le queda más prueba de convicción que la jaulita de moscas. Yo tengo una.

—¿Moscas? . . .

—Sí—responde;—moscas verdes de rastro. Usted no ignora que las moscas ver-

des olfatean la descomposición de la carne mucho antes de producirse la defunción. Vivo aún el paciente, ellas acuden, seguras de su presa. Vuelan sobre ella sin prisa, mas sin perderla de vista, pues ya han olido su muerte. Es él el medio más eficaz de pronóstico que se conozca. Por eso yo tengo algunas de olfato afinadísimo por la selección, que alquilo a precio módico. Donde ellas entran, presa segura. Puedo colocarlas en el corredor cuando usted quede solo, y abrir la puerta de la jaulita que, dicho sea de paso, es un pequeño ataúd. A usted no le queda más tarea que atisbar el ojo de la cerradura. Si una mosca entra y la oye usted zumbar, esté seguro de que las otras hallarán también el camino hasta usted. Las alquilo a precio módico.

¿Hospital? . . . Súbitamente el cuartito blanqueado, el botiquín, los médicos y su risa se desvanecen en un zumbido . . .

Y bruscamente, también, se hace en mí la revelación: ¡las moscas!

Son ellas las que zumban. Desde que he caído han acudido sin demora. Amorradas en el monte por el ámbito de fuego, las moscas han tenido, no sé cómo, conocimiento de una presa segura en la vecindad. Han olido ya la próxima descomposición del hombre sentado, por caracteres inapreciables para nosotros—tal vez en la exhalación a través de la carne de la médula espinal cortada.—Han acudido sin demora y revolotean sin prisa, midiendo con los ojos las proporciones del nido que la suerte acaba de deparar para sus huevos.

El médico tenía razón. No puede su oficio ser más lucrativo.

Mas he aquí que esta ansia desesperada de resistir se aplaca y cede el paso a una beata imponderabilidad. No me siento ya un punto fijo en la tierra, arraigado a ella por gravísima tortura. Siento que fluye de mí, como la vida misma, la ligereza del vaho ambiente, la luz del sol, la fecundidad de la hora. Libre del espacio y el tiempo, puedo ir aquí, allá, a este árbol, a aquella liana. Puedo ver, lejanísimo ya, como un recuerdo de remoto existir, puedo todavía ver, al pie de un tronco, un muñeco de ojos sin parpadeo, un espantapájaros de mirar vidrioso y piernas rígidas. Del seno de esta expansión, que el sol dilata desmenuzando mi conciencia en un billón de partículas, puedo alzarme y volar . . .

Y vuelo, y me poso con mis compañeras sobre el tronco caído, a los rayos del sol, que prestan su fuego a nuestra obra de renovación vital.

Horacio Quiroga

INDICE

ENTERESE Y ESCOJA:

Antonio Cabral: <i>Eça de Queiros</i> . (Biografía, crítica y cartas inéditas)	5.00
Alberto Cavanna: <i>Guía para el estudio de la Economía Política</i> . (Metodología. Programática. Bibliografía)	10.00
Robert Dottrens: <i>La educación nueva en Austria. Del Imperio a la República</i>	3.50
J. Gotteland: <i>Hacia la educación íntegra física, intelectual y moral</i>	3.50

Solicítelos al Adr. del Rep. Am.

OCTAVIO JIMENEZ A.

Abogado y Notario

OFICINA:

50 varas Oeste de la Tesorería de la Junta de Caridad.

Tel. 4184 — Apdo. 338

Tres canciones dispersas

= Envío del autor. Buenos Aires, R. A. =

CIELO AZUL

Con repentino sobresalto
—¡qué solo estoy!, no tengo nada...—
vuelvo los ojos a lo alto:
el cielo, azul; la nube, blanca.

¡Qué solo estoy, solo y perdido,
rota en pedazos la esperanza!...
pero me entrego al hondo olvido
del cielo, azul; la nube, blanca.

¡Oh, cuántos trágicos afanes
ceniza son, ceniza amarga!...
¡Calla!, ¡no hables!, no profanes
el cielo, azul; la nube, blanca.

Nada reprocho, nada digo,
vuelvo a la altura la mirada:
Lejos, muy alto, están conmigo
el cielo, azul; la nube, blanca.

Yo bien sabía que no duran
las cosas nuestras: son palabras...
¡Calla!, no sientes cómo curan
el cielo azul; la nube, blanca.

Un gran perdón y un gran consuelo
como en un sueño lavan mi alma...
¡Oh, qué piadoso sueño el cielo,
el cielo, azul; la nube, blanca!

¿Tuve algún día, de algún modo,
una amargura, una esperanza?
¡Oh, qué me importa! Allí está todo:
el cielo, azul; la nube, blanca.

El Cónsul de la...

(Viene de la página 181)

podrían servir de breviario a los jóvenes de Costa Rica, cuya única preocupación parece ser la de llegar a viejos por el camino más cómodo.

No resisto el deseo de transcribir aquí una carta suya en que comenta los momentos presentes. Se refiere al gobierno de su país, pero lo que dice se podría aplicar a cualquier gobierno capitalista:

"El gobierno fluctúa y no atina a orientarse. Le falta comprensión y unidad. En una palabra, ignora su misión y el momento en que actúa. Conservador, sin darse cuenta hasta qué punto lo es, ensaya actitudes que resultan ridículas e inofensivas para sus propósitos, empleando viejos sistemas, que en el pueblo, hasta el menos avisado, bien conoce. En fin, se palpita ya que la liquidación de los viejos usos se avecina. No hay, pues, más que seguir en la brega. Nada de debilidades. Un esfuerzo más y habremos derrumbado hasta los últimos escombros. Pero esto obliga a preparar los elementos con que hemos de reedificar (Nota: aquí aparece la fe que tenía el viejo Urién en la escuela), vale decir, continuar la obra, esta vez en sentido verdaderamente positivo. Si la primera tarea fué ruda, la segunda debe ser formidable. Tendremos que superarnos, enrolándonos ahora también en las legiones de "ataque" para demos-



Enrique Banchs

Visto por Valdivia

FLOR DE LAS FLORES

Flor de la estrella-federal,
en soberano orgullo empurpurada...
mas yo, en mi torre, aparto la mirada.

Flor de la liana tropical,
te acercas a mi torre, alta y serena,
pero floreces con la sangre ajena.

Flor del sombrío lauredal,
sube obscuro y pesado tu perfume
que, como pesadilla, me consume.

Flor de verónica pradal,
pequeña y tierna, tu humildad es tanta,
que mueres cuando uno te levanta.

Flor de arrayán, flor vespéral,
voy a buscarte antes que muera el día,
y me dicen, mi amor, que no eres mía...

Flor de arrayán, flor vespéral,
aunque tú no me ves, siempre te miro.
Con el viento te mando este suspiro.

trar así que no sólo servimos para destruir, sino también para construir".

Al morir, encargó don Arturo Urién que quemaran su cuerpo y regaran sus cenizas en el suelo de la chacrita con su escuela al aire libre. Quería seguir identificado con su obra, que parte del polvo que formó su cuerpo anduviera entre el polvo que hollarían pies de niños.

¡Hermoso romanticismo el de este viejo, que brilla sobre esta época de la inflación y del tanto por ciento, como debe brillar la estrella de los Magos sobre los rascacielos de Wall Street.

Carmen Lyra

Setiembre, 1933.

Flor de arrayán, flor vespéral,
y con la luz te mando esta mirada,
porque jamás podré decirte nada...

RAMA INERTE

Aunque soy la rama inerte
que se lleva el agua ciega,
una voz a veces llega
que me dice que despierte.

Mucha gala y flor primera
tengo cerca cuando paso...
Pero dejo yo al Acaso
que me lleve como quiera.

Bien podría detenerme,
—pues, al fin, a nada sigo,—
pero, ¡bah!, yo mismo digo:
¡sigue siempre!... ¡sigue y duerme!

Aunque soy la rama inerte
que se lleva el agua ciega,
sé que el alma a veces llega
a vencer su propia suerte.

Pero de un silencio sé,
—¡qué total y qué vacío!—
cuando inerte, quieto y frío,
me pregunto: ¿para qué?

¿Para qué parar el paso
si tendré que caminar?
¡Si más pronto he de llegar
en el agua del Acaso!

Enrique Banchs

Recordando a don...

(Viene de la página 152)

espíritus del socialismo pre-marxista. Pero, cuánta honradez, cuánta fuerza inteligente, cuánta desinteresada abnegación ponía en sus empresas! Me he rozado, en las peripecias de esta lucha en que milito, con varias docenas de técnicos en el álgebra revolucionaria, muy nutridos de "El Capital", de Marx y muy saturados de leninismo teórico, que sin embargo jamás han sentido esa fanática convicción socialista de don Arturo Urién. Prohibidades como la suya tampoco abundan mucho, desgraciadamente, entre los "peritos" en revoluciones sociales.

Su labor anheló más la profundidad que la extensión. Por eso no dió a su actividad proyecciones de masas. Creyó, en mi concepto erróneamente, que bastaba con una acción de grupos, con un superamiento de grupos, para forjar los núcleos capaces de realizar una transformación social de vastas proyecciones. Fiel a ese criterio, no militó en los partidos obreros, ni vivió la vida caldeada del sindicato, ni dijo desde la tribuna del mitin lo profundamente que odiaba a este desorden social en que vivimos. Su muerte ha pasado anónima, por estas circunstancias, para los mismos en cuya redención soñaba y por cuyo mejoramiento combatía. Esto prueba que ni siquiera tenía en sus actividades la ambición del proselitismo, el acicate de saberse respetado y seguido por millares de hombres. Los que le queríamos y le conocíamos en su esfuerzo perseverante, éramos unos pocos en su país y otros pocos regados por las tierras en donde vivió.

Hizo labor callada y terca de sembrador de inquietudes este anciano que acaba de morir en Buenos Aires.

Rómulo Betancourt

San José, Setiembre de 1933.

¿Qué es la Revolución de Octubre?

(Conferencia pronunciada el 27 de noviembre de 1932,
en el stadium de Copenhague, por León Trotsky)

= De Comunismo. Madrid =

Queridos oyentes: Permitidme, en primer lugar, expresar mi sincero pesar de no poder hablar en lengua danesa ante un auditorio de Copenhague. No sabemos si los oyentes perderán algo por ello. En lo que concierne al conferenciante, la ignorancia del idioma danés le incapacita para estar en contacto directo con la vida y la literatura escandinavas. Y esto supone un gran inconveniente! El idioma alemán, al cual suelo recurrir para éstos menesteres, es potente y rico; pero "mi lengua alemana" es bastante limitada. Además, cuando se trata de cuestiones complicadas no es posible explicarse con la necesaria libertad más que en la propia lengua. Por tanto, pido anticipadamente la indulgencia del auditorio.

La primera vez que estuve en Copenhague fué con motivo del Congreso socialista internacional, y guardé siempre un grato recuerdo de vuestra ciudad. Pero de esto hace ya un cuarto de siglo. En el Ore-Sund y en los fiords el agua se ha renovado muchas veces. Mas no solamente el agua. La guerra ha roto la columna vertebral del viejo continente europeo. Los ríos y los mares de Europa han arrastrado mucha sangre humana. La Humanidad, en particular su parte europea, ha pasado por duras pruebas; se ha vuelto más sombría, más ruda. Todas las formas de lucha se han hecho más ásperas. El mundo ha entrado en una época de grandes cambios. Sus exteriorizaciones extremas son la guerra y la revolución.

Antes de pasar al tema de mi conferencia—a la revolución,—juzgo un deber expresar mi agradecimiento a los organizadores de este acto, la Asociación de Copenhague de Estudiantes Socialdemócratas. Lo hago en calidad de adversario político. Verdad es que mi conferencia trata cuestiones históricocientíficas. Pero resulta imposible hablar de una revolución de la que ha surgido la República de los Soviets sin ocupar una posición política. En mi calidad de conferenciante, mi bandera sigue siendo la misma que aquella bajo la cual participé en los acontecimientos revolucionarios.

Hasta la guerra, el partido bolchevique perteneció a la socialdemocracia internacional. El 4 de agosto de 1914, el voto de la socialdemocracia alemana en favor de los créditos de guerra puso, de una vez para siempre, fin a esta unidad y abrió la era de la lucha incesante e intransigente del bolchevismo contra la socialdemocracia. ¿Significa esto, por tanto, que los organizadores de esta reunión han cometido un error al invitarme como conferenciante? En todo caso, el auditorio podrá juzgar solamente después de pronunciada la conferencia. Para justificar mi aceptación de tan amable invitación para desarrollar una con-

ferencia sobre la Revolución rusa, me permitiré recordar que durante los treinta y cinco años de mi vida política, el tema de la Revolución rusa ha sido el eje práctico y teórico de mis preocupaciones y de mis actos. Creo, por tanto, que esto me da algún derecho a esperar poder ayudar no solamente a mis amigos en ideas, sino también a mis adversarios—por lo menos de partido—a comprender mejor muchos rasgos de la revolución que hasta hoy escapaban a su atención. En una palabra, el objeto de mi conferencia es ayudar a comprender. Yo no me propongo aquí propagar ni llamar a la revolución, sólo quiero explicar.

La revolución significa un cambio del régimen social. Ella trasmite el poder de las manos de una clase que está ya agotada a las manos de otra clase en ascensión. La insurrección constituye el momento más crítico y más agudo en la lucha de dos clases por el poder. La sublevación no puede conducir a la victoria real de la revolución y a la erección de un nuevo régimen más que en el caso de que se apoye sobre una clase progresiva que sea capaz de agrupar en torno suyo a la inmensa mayoría del pueblo. A diferencia de los procesos de la naturaleza, la revolución se realiza por intermedio de los hombres. Pero en la revolución también los hombres obran bajo la influencia de condiciones sociales que no son libremente elegidas por ellos, sino que son heredadas del pasado y que les señalan imperiosamente el camino. Precisamente por tal causa, y sólo por ella, es por lo que la revolución tiene sus propias leyes. Pero la conciencia humana no se limita a reflejar pasivamente las condiciones objetivas, sino que tiene la virtud de reaccionar activamente sobre las mismas. En ciertos momentos esta reacción adquiere un carácter de masa tenso, apasionado. Entonces caen derrumbadas las barreras del Derecho y del poder. Precisamente la intervención activa de las masas en los acontecimientos constituye el elemento más esencial de la revolución. Y, sin embargo, aun la actividad más fogosa puede quedar simplemente reducida al nivel de una demostración, de una rebelión, sin elevarse a la altura de una revolución. La sublevación de las masas debe conducir al derrumbamiento de la dominación de una clase y al establecimiento de la dominación de otra. Solamente así tendremos una revolución consumada. La sublevación de las masas no es una empresa aislada que se puede provocar a capricho, sino que representa un elemento objetivamente condicionado en el desarrollo de la revolución, y aun la misma revolución es un proceso objetivamente condicionado en el desarrollo de la sociedad. Pero esto no

quiere decir que una vez existentes las condiciones objetivas de la sublevación se deba esperar pasivamente, con la boca abierta; en los acontecimientos humanos también hay, como dice Shakespeare, flujos y reflujos: "There is a tide in the affairs of men which, taken all the flood, leads on to fortune". Para barrer el régimen que se sobrevive, la clase avanzada debe comprender que ha sonado su hora y proponerse la tarea de la conquista del poder. Aquí se abre el campo de la acción revolucionaria consciente, donde la previsión y el cálculo se unen a la voluntad y a la bravura. Dicho de otra manera: aquí se abre el campo de la acción del partido.

El partido revolucionario es la condensación de lo más selecto de la clase avanzada. Sin un partido capaz de orientarse en las circunstancias, de apreciar la marcha y el ritmo de los acontecimientos y de conquistar a tiempo la confianza de las masas, la victoria de la revolución proletaria es imposible. Tal es la relación de los factores objetivos y de los factores subjetivos de la revolución y de la insurrección. Como muy bien sabéis, en las discusiones, los adversarios—en particular en la teología—tienen la costumbre de desacreditar frecuentemente la verdad científica elevándola al absurdo. Esto se llama, aún en lógica, *reductio ab absurdum*. Nosotros vamos a tratar de seguir la vía opuesta, es decir, que tomaremos como punto de partida un absurdo a fin de aproximarnos con mayor seguridad a la verdad. Realmente no tenemos derecho a lamentarnos por falta de absurdos. Tomemos uno de los más frescos y más gordos. El escritor italiano Malaparte, algo así como un teórico fascista—también existe este producto,—ha publicado recientemente un libro sobre la técnica del golpe de Estado. El autor consagra un número no despreciable de páginas de su "investigación" a la insurrección de octubre. A diferencia de la "estrategia" de Lenin, que permanece unida a las relaciones sociales y políticas de la Rusia de 1917, "la táctica de Trotsky no está—según los términos de Malaparte—unida por nada a las condiciones generales del país". ¿Tal es la idea principal de la obra! Malaparte obliga a Lenin y a Trotsky en las páginas de su libro a entablar numerosos diálogos en los cuales los interlocutores dan prueba de tan poca profundidad de espíritu como la naturaleza puso a disposición de Malaparte. A las objeciones de Lenin sobre las premisas sociales y políticas de la insurrección, Malaparte atribuye a Trotsky la respuesta literal siguiente: "Nuestra estrategia exige demasiadas condiciones favorables, y la insurrección no tiene necesidad de nada: se basta por sí misma". ¿Entendéis bien? "la insurrección no tiene necesidad de nada". Tal es precisamente, queridos oyentes, el absurdo que debe servirnos para aproximarnos a la verdad. El autor repite con mucha persistencia que en octubre no fué la estrategia de Lenin, si-

no la táctica de Trotsky lo que triunfó. Esta táctica amenaza, según sus propios términos, todavía ahora, la tranquilidad de los Estados europeos. "La estrategia de Lenin—cito textualmente— no constituye ningún peligro inmediato para los Gobiernos de Europa. La táctica de Trotsky constituye un peligro actual y, por tanto, permanente". Más concretamente: "Poned a Poincaré en lugar de Kerensky, y el golpe de Estado bolchevique de octubre de 1917 se hubiera llevado a cabo de igual manera". Resulta difícil creer que semejante libro sea traducido a diversos idiomas y acogido seriamente. En vano trataríamos de profundizar por qué, en general, la estrategia de Lenin, dependiendo de las condiciones históricas, es necesaria, si la "táctica de Trotsky" permite resolver el mismo problema, en todas las situaciones. ¿Y por qué las revoluciones victoriosas son tan raras, si para el triunfo basta con un par de recetas técnicas?

El diálogo entre Lenin y Trotsky presentado por el escritor fascista es, en el espíritu como en la forma, una invención inepta desde el principio al fin. Invenciones por el estilo circulan muchas por el mundo. Por ejemplo, acaba de editarse en Madrid, bajo mi firma, un libro: *La vida de Lenin*, del cual soy tan responsable como de las recetas tácticas de Malaparte. El semanario de Madrid *Estampa* publicó de este pretendido libro de Trotsky sobre Lenin capítulos enteros que contienen ultrajes abominables contra la memoria del hombre que yo estimaba y que estimo incomparablemente más que a cualquiera otro entre mis contemporáneos. Pero abandonemos a los falsarios a su suerte. El viejo Guillermo Liebknecht, el padre del combatiente y héroe inmortal, Carlos Liebknecht, acostumbra a decir: "El hombre político revolucionario debiera estar provisto de una gruesa piel". El doctor Stockmann, más expresivo aun, recomendaba a todo el que se propusiera ir al encuentro de la opinión pública social no ponerse los pantalones nuevos. Tengamos, pues, en cuenta estos dos buenos consejos y pasemos, acto seguido, al orden del día.

¿Cuáles son las preguntas que la Revolución de Octubre sugiere a todo hombre reflexivo?: Primera, ¿por qué y cómo esta revolución ha sido coronada por el éxito? O, más concretamente, ¿por qué la revolución proletaria ha triunfado en uno de los países más atrasados de Europa?; segunda, ¿qué es lo que ha traído la Revolución de Octubre?; y, por último, tercera, ¿se ha realizado lo que se esperaba de ella?

A la primera pregunta—sobre las causas—se puede ya contestar de una forma más o menos completa. Yo he tratado de hacerlo lo más explícitamente posible, en mi *Historia de la Revolución*. Aquí, no puedo hacer otra cosa que formular las conclusiones más importantes. El hecho de que el proletariado haya llegado al poder por primera vez en un país tan atrasado como

la antigua Rusia zarista, sólo a primera vista parece misterioso; en realidad resulta de una rigurosa lógica. Se podía prever y se previó. Es más: bajo la perspectiva de este hecho, los revolucionarios marxistas edificaron su estrategia mucho antes de desarrollarse los acontecimientos decisivos. La explicación primera y más general: Rusia es un país atrasado; pero, así y todo, Rusia no es más que una parte de la economía mundial, un elemento del sistema capitalista mundial. En este sentido, Lenin ha resuelto el enigma de la revolución rusa con la siguiente fórmula lapidaria: la cadena se ha roto por su eslabón más débil. Una ilustración clara: la gran guerra, salida de las contradicciones del imperialismo mundial, arrastró en su torbellino países que se hallaban en diferentes etapas de desarrollo, pero a los cuales impuso, a todos, las mismas exigencias. Claro está que las cargas de la guerra debían ser particularmente insoportables para los países más atrasados. Rusia fué la que primero se vió obligada a ceder terreno. Pero para desentenderse de la guerra el pueblo tenía que abatir las clases dirigentes. Así fué como la cadena de la guerra se rompió por su eslabón más débil. Pero la guerra no es una catástrofe que viene del exterior, como, por ejemplo, un terremoto, sino que—para hablar con el viejo Clausewitz—es la continuación de la política con otros medios. Durante la guerra, las tendencias principales del sistema imperialista de tiempos de "paz" no hicieron sino exteriorizarse más áspidamente. Cuanto más elevadas sean las fuerzas productivas generales; cuanto más tensa sea la concurrencia mundial; cuanto más agudos se manifiesten los antagonismos; cuanto más desenfrenado se desarrolle el curso de los armamentos, tanto más penosa resulta la

situación para los participantes más débiles. Precisamente ésta es la causa por la cual los países más atrasados ocupan el primer lugar en la serie de derrumbamientos. La cadena del capitalismo tiende siempre a romperse por los eslabones más débiles. Si a causa de ciertas circunstancias extraordinarias, o extraordinariamente desfavorables—por ejemplo, una intervención militar victoriosa del exterior, debido a faltas irreparables del propio Gobierno soviético,—se restableciera el capitalismo ruso sobre el inmenso territorio soviético, su inevitable insuficiencia histórica le haría muy pronto caer de nuevo, víctima de las mismas contradicciones que le condujeron en 1917 a la explosión. Ninguna receta táctica hubiera podido dar vida a la Revolución de Octubre de no llevarla Rusia en sus propias entrañas. El partido revolucionario no puede asignarse otra función que la del comadrón que se ve obligado a recurrir a una operación cesárea. Se podría objetarme: vuestras consideraciones generales pueden ser suficientes para explicar por qué razón la vieja Rusia (este país donde el capitalismo atrasado, junto a una clase campesina miserable, estaba coronado por una nobleza parasitaria y, de remate, una monarquía putrefacta), tenía que naufragar. Pero en la imagen de la cadena y del más débil eslabón falta todavía la llave del enigma: ¿cómo en un país atrasado podía triunfar la revolución socialista? Porque la historia conoce muchos ejemplos de decadencia de países y de culturas que, tras el hundimiento simultáneo de las viejas clases, no han podido hallar ninguna forma de resurgir progresivo. El hundimiento de la vieja Rusia hubiera debido, al parecer, transformar el país en una colonia capitalista y no en un Estado socialista. Esta objeción es muy interesante y

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSE, COSTA RICA

Agentes y Representantes de Casas Extranjeras

Cajas Registradoras "NATIONAL"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "BURROUGHS"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "ROYAL"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

United States Rubber Co.

Maquinaria en General

James M. Montley, New York

JOHN M. KEITH,
Socio Gerente.

RAMON RAMIREZ A.,
Socio Gerente.

nos lleva directamente al corazón del problema. Y sin embargo, esta objeción es viciosa; yo diría desprovista de proporción interna. De un lado, proviene de una concepción exagerada en lo que concierne al retraso de Rusia; de otra parte, de una falta concepción teórica en lo que respecta al fenómeno del retraso en general.

Los seres vivos—naturalmente, el hombre entre ellos—atravesamos, con relación a la edad, estadios de desarrollo semejantes. En un niño normal de cinco años se encuentra cierta correspondencia entre el peso, la talla y los órganos internos. Pero esto ya no ocurre con la conciencia humana. En oposición con la anatomía y la fisiología, la psicología, tanto la del individuo como la de la colectividad, se distingue por una extraordinaria capacidad de asimilación, flexibilidad y elasticidad: en esto mismo reside también la ventaja aristocrática del hombre sobre su pariente zoológico más próximo de la especie de los monos. La conciencia susceptible de asimilar y elástica confiere—como condición necesaria del progreso histórico—a los “organismos” llamados sociales a diferencia de los organismos reales, es decir, biológicos, una extraordinaria variabilidad de la estructura interna. En el desarrollo de las naciones y de los Estados, de los capitalistas en particular, no existe ni similitud ni uniformidad. Diferentes grados de cultura, hasta los polos opuestos, se aproximan y se combinan, con mucha frecuencia, en la vida de un país. No olvidemos, queridos oyentes, que el retraso histórico es una noción relativa. Si existen países atrasados y avanzados, hay también una acción recíproca entre ellos; hay la presión de los países avanzados sobre los retardatarios; hay la necesidad para los países atrasados de alcanzar a los países progresivos, de adquirirles la técnica, la ciencia, etc. Así surgió un **tipo combinado de desarrollo**: los rasgos más retrasados se acoplan a la última palabra de la técnica y del pensamiento mundiales. En fin, los países históricamente atrasados se ven a veces obligados a sobrepasar a los demás. La elasticidad de la conciencia colectiva da la posibilidad de lograr, en ciertas condiciones, sobre la arena social, el resultado que en psicología individual se llama “la compensación”. En este sentido, se puede afirmar que la Revolución de Octubre fué para los pueblos de Rusia un medio heroico de superar su propia inferioridad económica y cultural.

Pero pasemos sobre estas generalizaciones históricopolíticas, que quizá sean un tanto abstractas, para plantear la misma cuestión bajo una forma concreta, es decir, a través de los hechos económicos vivos. El retraso de la Rusia del siglo xx se expresa más claramente de la siguiente manera: la industria ocupa en el país un lugar mínimo, en comparación a la aldea, el proletariado en comparación al campesino. El conjunto de esto significa una baja productividad del trabajo nacional. Basta

ría decir que en vísperas de la guerra, cuando la Rusia zarista había alcanzado la cumbre de su prosperidad, la renta nacional era de ocho a diez veces inferior a la de los Estados Unidos. Esto expresa numéricamente la “amplitud” del retraso, si es que nos podemos servir de la palabra amplitud en lo que concierne al retraso. Al mismo tiempo la ley del desarrollo combinado se expresa, a cada paso, en el dominio económico, tanto en los fenómenos simples como en los complejos. Casi sin rutas nacionales, Rusia se vió obligada a construir vías férreas. Sin haber pasado por el artesanado y la manufactura europeas, Rusia saltó directamente a las empresas mecánicas. Saltar las etapas intermedias, tal es el camino de los países atrasados. En tanto que la economía campesina permanecía frecuentemente al nivel del siglo xvii, la industria de Rusia, si no en la capacidad por lo menos en su tipo, se hallaba al nivel de los países avanzados y hasta sobrepasaba a éstos en muchos respectos. Basta consignar que las empresas gigantes con más de mil obreros ocupaban en los Estados Unidos menos del 18 por 100 de la totalidad de los obreros industriales, en tanto que en Rusia la proporción era de 41 por 100. Este hecho concuerda bastante mal con la concepción trivial del retraso económico de Rusia. Y sin embargo ello no contradice el retraso general, sino que lo completa dialécticamente. La estructura de clase del país entrañaba también el mismo carácter contradictorio. El capital financiero de Europa industrializa la economía rusa a un ritmo acelerado. La burguesía industrial pronto adquiere el carácter de gran capitalismo, enemigo del pueblo. Además, los accionistas extranjeros viven fuera del país. Por el contrario, los obreros son auténticamente rusos. Una burguesía rusa numéricamente débil, que no tenía ninguna raíz nacional, se encontraba de esta forma opuesta a un proletariado relativamente fuerte, con raíces y profundas raíces en el pueblo. Al carácter revolucionario del proletariado contribuyó el hecho de que Rusia, precisamente como país atrasado, obligada a acoplar los adversarios, no había, por otra parte, llegado a elaborar un conservadurismo social y político propio. Como país el más conservador de Europa y aun del mundo entero, el más viejo país capitalista, Inglaterra, me da la razón. Muy bien podría ser considerado Rusia como el país desprovisto de conservadurismo. El proletariado ruso, joven, lozano, resuelto, no constituye, con todo, más que una ínfima minoría de la nación. Las reservas de su potencia revolucionaria se encontraban fuera de su propio seno: en la clase campesina, que vivía en una semiservidumbre, y en las nacionalidades oprimidas.

La cuestión agraria constituía la base de la revolución. La antigua servidumbre, que entrañaba la autocracia, resultaba doblemente insoportable en las condiciones de la nueva explotación capi-

talista. La comunidad agraria estaba constituida por unos 140 millones de deciatinas. A treinta mil grandes propietarios terratenientes, poseedores cada uno, por término medio, de más de 2.000 deciatinas, les correspondían en total 70 millones de deciatinas, es decir, tanto como a diez millones de familias campesinas, o sea cincuenta millones de seres. **Esta estadística de la tierra constituía un programa acabado de insurrección campesina.** Un noble, Boborkin, escribía en 1917 al chambelán Rodzianko, presidente de la última Duma del Estado: “Yo soy un propietario terrateniente y no se me ocurre pensar, ni por un momento, que tenga que perder mi tierra, y menos por un fin increíble: para hacer una experiencia socialista”. Sin embargo, las revoluciones siempre tienen por objeto la misma tarea: realizar lo que no penetra en la cabeza de las clases dominantes.

En el otoño de 1917 casi todo el país era un vasto campo de levantamientos campesinos. De 621 distritos de la vieja Rusia, 482, es decir, el 77 por 100, estaban influídos por el movimiento. El reflejo del incendio de la aldea iluminaba la palestra de la sublevación en las ciudades. ¡Pero—me podréis objetar—la guerra campesina contra los propietarios terratenientes es uno de los elementos clásicos de la revolución burguesa y no de la revolución proletaria! Yo respondo: completamente justo; así sucedió en el pasado. Pero es que, precisamente, la impotencia del capitalismo para vivir en un país atrasado se expresa por el hecho de que la sublevación campesina no impulsa hacia adelante a las clases burguesas de Rusia, sino, por el contrario, las arroja al campo de la reacción. Al campesino, para no fracasar, no le quedaba otro camino que la alianza con el proletariado industrial. Esta ligazón revolucionaria de las dos clases oprimidas fué prevista genialmente por Lenin y preparada desde hacía mucho tiempo. Si la cuestión agraria hubiese sido francamente resuelta por la burguesía, con toda seguridad que el proletariado no hubiera conquistado el Poder en 1917. Habiendo llegado demasiado tarde, caída precozmente en decrepitud, la burguesía rusa, egoísta y cobarde, no tuvo la osadía de levantar la mano contra la propiedad feudal. Con esto la burguesía dejó el Poder al proletariado y al mismo tiempo el derecho a disponer de la suerte de la sociedad burguesa. Para que el Estado soviético fuera una realización era de todo punto necesaria la acción combinada de estos dos factores de naturaleza histórica distinta: la guerra campesina, es decir, un movimiento que es característico de la aurora del desarrollo burgués, y la sublevación proletaria, que anuncia el crepúsculo de la sociedad burguesa. En esto reside el carácter **combinado** de la revolución rusa. Basta que el oso campesino se levante, afianzado sobre sus patas traseras, para dar a conocer lo terrible de su acometida. Sin embargo, el oso campesino

no carece de la capacidad de dar a su indignación una expresión consciente: tiene siempre necesidad de un conductor. Por primera vez en la historia del movimiento social, la clase campesina sublevada ha encontrado en la persona del proletariado un dirigente leal. Cuatro millones de obreros de la industria y de los transportes conducen a cien millones de campesinos. Tal fué la relación natural e inevitable entre el proletariado y la clase campesina en la revolución.

La segunda reserva revolucionaria del proletariado estaba constituida por las nacionalidades oprimidas, integradas, asimismo, por campesinos en su mayor parte. El carácter extensivo del desarrollo del Estado, que se ensancha como una mancha de aceite del centro moscovita hasta la periferia, va íntimamente ligado al retraso histórico del país. Al Este somete a las poblaciones más atrasadas aun, para mejor ahogar con su apoyo a las nacionalidades más desarrolladas del Oeste. A los diez millones de grandes rusos que constituyen la masa principal de la población se vienen a agregar, así, noventa millones de "alógenos". Así quedó constituido el Imperio, en la composición del cual la nación dominante sólo estaba integrada por un 43 por 100 de la población, en tanto que los otros 57 por 100 era una mezcla de nacionalidades de cultura y de régimen distintos. La presión nacional era en Rusia incomparablemente más brutal que en los Estados vecinos, y, a decir verdad, no solamente de los que estaban al otro lado de la frontera occidental, sino también de la oriental. Tal estado de cosas confería al problema nacional una enorme fuerza explosiva. La burguesía liberal rusa no quería, en la cuestión nacional ni en la cuestión agraria, ir más allá de ciertas atenuaciones del régimen de opresión y de violencia. Los gobiernos "demócratas" de Miliukov y de Kerensky, que eran la expresión de los intereses de la burguesía y de la burocracia granrusa, se dedicaron en el curso de los ocho meses de su existencia a enseñar a las nacionalidades oprimidas la siguiente lección: no obtendréis lo que deseáis hasta que no lo arranquéis por la fuerza. Hacía mucho que Lenin había va tomado en consideración la inevitabilidad del desarrollo del movimiento nacional centrífugo. El Partido bolchevique luchó obstinadamente durante años por el derecho de autodeterminación de las nacionalidades, es decir, por el derecho a la completa separación estatal. Fué precisamente a causa de esta valerosa posición en la cuestión nacional por lo que el proletariado ruso pudo ganar poco a poco la confianza de las poblaciones oprimidas. El movimiento de liberación nacional, así como el movimiento campesino, se tornaron forzosamente contra la democracia oficial, fortificaron al proletariado y se lanzaron al lecho de la insurrección de octubre.

Así se va poco a poco levantando an-

El traje hace al caballero
y lo caracteriza y

LA COLOMBIANA

DE

Fco. A. GOMEZ Z.



le hace el traje en abonos semanales, mensuales o al contado. Cuenta con un surtido completo en casimires y operarios competentes para la confección de sus trajes.

Teléfono 3283

Frente «Al Siglo Nuevo»

Contiguo a la Iglesia del Carmen

te nosotros el velo del enigma de la insurrección proletaria en un país históricamente atrasado. Mucho tiempo antes de sobrevenir los acontecimientos, los revolucionarios marxistas han previsto la marcha de la revolución y la función histórica del joven proletariado ruso. Ruego se me permita dar aquí un extracto de mi propia obra a raíz de la revolución de 1905:

"En un país económicamente atrasado el proletariado puede llegar antes al Poder que en un país capitalista progresivo... La revolución rusa crea... unas condiciones mediante las cuales el Poder puede pasar (con la victoria de la revolución debe pasar) al proletariado antes que la política del liberalismo burgués tenga la posibilidad de desplegar su genio estadista... El destino de los intereses revolucionarios más elementales de los campesinos... está fuertemente ligado al destino de toda la revolución, es decir, al destino del proletariado. Una vez llegado al Poder, el proletariado aparecerá a los campesinos como el libertador de su clase. El proletariado entra en el gobierno como representan-

te revolucionario de la nación, como conductor reconocido del pueblo en lucha contra el absolutismo y la barbarie de la servidumbre... El régimen proletario deberá desde el principio pronunciarse por la solución de la cuestión agraria, a la cual está ligada la suerte del avance popular de Rusia".

Me he permitido traer esta cita para testimoniar que la teoría de la Revolución de Octubre presentada hoy por mí no es una improvisación rápida, construida a posteriori bajo la presión de los acontecimientos. No; por el contrario, fué emitida bajo firma de pronóstico político mucho tiempo antes de la revolución de Octubre. Convendréis que la teoría, en general, no tiene valor más que en la medida en que ayuda a prever el curso del desarrollo y a influenciarle hacia sus objetivos. En esto mismo consiste, hablando en términos generales, la importancia inestimable del marxismo como arma de orientación social e histórica. Lamento que los estrechos límites de esta exposición no me permitan extender la cita precedente de una manera más amplia, y por ello tendré que conformarme con un corto resumen de todo lo escrito durante 1905:

En relación con sus tareas inmediatas, la revolución rusa es una revolución burguesa. Sin embargo, la burguesía rusa es antirrevolucionaria. Por consiguiente, la victoria de la revolución sólo es posible como victoria del proletariado. El proletariado victorioso no se detendrá en el programa de la democracia burguesa, sino que pasará inmediatamente al programa del socialismo. La revolución rusa será la primera etapa de revolución socialista mundial.

Tal era la teoría de la revolución permanente, edificada por mí en 1905 y más tarde expuesta a la crítica más acerba bajo el nombre de "trotskismo". Pero, a decir verdad, esto no es más que una parte de esta teoría. La otra parte, particularmente de actualidad ahora, expresa:

Las fuerzas productivas actuales hacen ya tiempo que han rebasado las barreras nacionales. La sociedad socialista es irrealizable en los límites nacionales. Por importantes que puedan ser los éxitos económicos de un Estado obrero aislado, el programa del "socialismo en un solo país" es una utopía pequeño-burguesa. Sólo una federación europea, y después mundial, de Repúblicas socialistas, puede abrir el camino a una sociedad socialista armónica.

Hoy, después de la prueba de los acontecimientos, tengo menos razón que nunca para rectificar esta teoría.

Después de todo lo que queda dicho, ¿merece la pena el seguir tomando en cuenta al escritor fascista Malaparte, que me atribuye una táctica independiente de la estrategia, resultante de ciertas recetas técnicas, aplicables en todo momento y bajo todas las latitudes? Menos mal que el nombre del desdichado teórico del golpe de Estado per-

mite distinguirle fácilmente del práctico victorioso del golpe de Estado: así nadie correrá el riesgo de confundir Malaparte con Bonaparte.

Sin la insurrección armada del 10 de octubre de 1917, el Estado soviético no existiría. Pero la insurrección no vino del cielo. Para el triunfo de la Revolución de Octubre eran necesarias una serie de premisas históricas: 1ª La podredumbre de las viejas clases dominantes: de la nobleza, de la monarquía, de la burocracia. 2ª La debilidad política de la burguesía, que no tenía ninguna raíz en las masas populares. 3ª El carácter revolucionario de la cuestión agraria. 4ª El carácter revolucionario del problema de las nacionalidades oprimidas. 5ª El peso social del proletariado.

A estas premisas orgánicas hay que agregar ciertas condiciones de coyuntura de excepcional importancia: 6ª La revolución de 1905 fué una gran lección; se las ha acostumbrado a dar y no a "ensayo general" de la revolución de la de 1917. Los Soviets, como forma de organización irremplazable de frente único proletario en la revolución, fueron organizados por primera vez en 1905. 7ª La guerra imperialista agudizó todas las contradicciones, arrancó las masas atrasadas de su estado de inmovilidad, preparando así el carácter grandioso de la catástrofe. Pero todas estas condiciones, que eran suficientes para que **estallara la revolución**, resultaban, sin embargo, insuficientes para **asegurar la victoria del proletariado** en la revolución. Para esta victoria todavía faltaba una condición: 8ª El Partido bolchevique.

Si yo enumero esta condición en último lugar de la serie sólo es porque así corresponde a la consecuencia lógica, y no, ni mucho menos, porque atribuya al Partido el lugar menos importante. No; estoy muy lejos de tal pensamiento. La burguesía liberal puede tomar el Poder, y le ha tomado muchas veces, como resultado de luchas en las cuales no había participado: para ello posee órganos de aprehensión magníficamente desarrollados. Sin embargo, las masas laboriosas se encuentran en otra situación; las ha acostumbrado a dar y no a tomar. Trabajan pacientemente, esperan, pierden la paciencia, se sublevan, combaten, mueren, dan la victoria a otros, son engañadas, caen en el desaliento, se someten, vuelven a trabajar. Así es la historia de las masas populares bajo todos los regímenes. Para tomar con seguridad y firmeza el Poder, el proletariado tiene necesidad de un Partido superior a todos los demás en claridad de pensamiento y en decisión revolucionaria. El Partido de los bolcheviques, que con frecuencia ha sido designado, y con razón, como el partido más revolucionario en la historia de la Humanidad, era la condensación viva de la nueva historia de Rusia, de todo lo que había en ella de dinámico. Hacía mucho tiempo ya que la desaparición de la monarquía era considerada la condición indispensable para el desarrollo

de la economía y de la cultura. Pero faltaban las fuerzas para dar cima a esta tarea; a la burguesía le horrorizaba la revolución. Los intelectuales intentaron conducir al campesino sobre sus hombros. Incapaz de generalizar sus propias penas y objetivos, el **mujik** dejó sin respuesta la exhortación de los intelectuales. La **intelligentzia** se armó de dinamita; toda una generación se consumió en esta lucha. El 1º de marzo de 1897, Alejandro Ulianof llevó a cabo el último de los grandes atentados terroristas. La tentativa de atentado contra Alejandro III fracasó. Ulianof y los demás participantes fueron ahorcados. La tentativa de substituir la clase revolucionaria por una preparación química, había naufragado. Aun la inteligencia más heroica no es nada sin las masas. Bajo la impresión inmediata de estos hechos y de sus conclusiones creció y se formó el más joven de los hermanos

Ulianof, Nicolás, el futuro Lenin; la figura más grandiosa de la historia rusa. Desde un principio, en su juventud, se colocó sobre el terreno del marxismo y enfocó su mirada hacia el proletariado. Sin perder un instante de vista a la aldea, se orientó hacia el campesino a través de los obreros. Habiendo heredado de sus precursores revolucionarios la resolución, la capacidad de sacrificio, la disposición de llegar hasta el fin, Lenin se convirtió en sus años de juventud en el educador de la nueva generación intelectual y de los obreros avanzados. En las luchas huelguistas y de calle, en las prisiones y en la deportación, los obreros adquirieron el temple necesario. El proyector del marxismo les era necesario para iluminar en la obscuridad de la autocracia su camino histórico.

León Trotsky

(Concluirá en la entrega N.º 16)

Estampas

De un varón argentino según el Espíritu

= Colaboración =

Hay en Costa Rica una biblioteca particular—la única quizá—enriquecida con la edición completa de las obras de Sarmiento. Su dueño, lector fervoroso del argentino creador, cuenta con honda gratitud que fué un Cónsul el que le trajo aquella fortuna. Hombre de nobles preocupaciones, creía que la mejor manera de honrar a su nación era sirviendo a la cultura. Encontró aquí un divulgador de Sarmiento—don Joaquín García Monge—y sin bullas, calladamente, le hizo venir sus libros. ¿A quién enteró de su acción bondadosa? Siguiendo la tradición pudo haber ido a los periódicos a repicar el favor y hacerse elogiar para recoger luego la vacía literatura y remitirla a su país a la conquista de méritos consulares. Pero este Cónsul argentino—don Arturo Urién,—no vivía de la publicidad.

Pasó por aquí don Arturo sin el aparato de la ostentación. De él decimos que dejó un nombre limpio. Pierde esta expresión su costra de lugar común cuando nace de la reflexión cabal acerca de la vida del admirable argentino. Gracián en su fino decir afirma: "No hay olor como el del buen nombre, ni fragancia como la de la fama, que se percibe de muy lejos, que conforta los atentos y va dejando rastro de aplauso por el teatro del mundo, que durará siglos enteros". El buen nombre de don Arturo Urién tiene olor saludable. Fué unidad de un ejército creado por los gobiernos para agencias de cortesanía y pudo librarse de la artificiosidad y servir con decencia el puesto consular. No lo vinculó a menesteres oficiales simplemente. La representación que la Argentina le dió rompió en él toda rutina. Estaba nutrido de buenas ideas y para defenderlas llevó a un plano desusado su carrera consular.

Al señor Garca Monge le regala la

edición de Sarmiento, no por cortesía, que esto habría sido cumplir con el credo del buen Cónsul, sino por amor a Sarmiento. Conocía la ideología de su compatriota, no de oídas, sino por lectura meditada. Lo exaltaba y quería encontrarlo difundido por nuestros países tan perdidos en el desorden. Sorprende en don Joaquín una penetración honda de las ideas del gran civilizador americano. Hay una nación muy pequeña de América un espíritu amigo de Sarmiento, que lo comenta y desentraña sus enseñanzas. Y esas enseñanzas pueden ayudar a la pequeña nación en su civilización. Piensa entonces el señor Urién que la obra total del civilizador tiene que estar a la mano del lector inteligente. Y hace venir la edición y sin bulla la regala a ese lector, que es regalarla a Costa Rica. Cuando hemorrido a desentumecer la conciencia en este medio aletargado, don Joaquín nos ha traído la prosa viva de Sarmiento. Quiere que otros lo trasieguen como ha hecho él. Con haberle dado edición tan constructiva al excelente costarricense, tuvo el señor Urién un gran acierto.

Carmen Lyra, que lo conoció bien, ha contado cómo era de grande su corazón. En la Escuela Maternal que ella cuidó con inteligencia, lo vió desplegando las manos. Había mucha miseria en aquella población escolar. A la Maternal llegan niños con hambre, medio desnudos, sucios, descalzos, enfermos. Cuando el señor Urién comprendió que la Escuela no era orfelinato, sintió que debía ayudarla en su forma habitual calladamente. No dejaba casi día sin visitarla. Lo encontrábamos sentado en los asientos pequeñitos oyendo quejas de padres y madres necesitados contadas a Carmen Lyra. No intervenía pero luego había con qué socorrer a la viuda amenazada de desahucio, al niño

andrajoso o raquíto. De verlo allí en obra tan grande fuimos admirándolo y queriéndolo. Nada hacía por cobrar méritos. De sus magnanimidades nadie sabía. Daba complacido y en sitios alejados de las miradas que volvieran caridad, lo que era puro anhelo de volver limpia la vida del hombre. Concebía la Maternal como centro de ayuda para redimir de miserias el espíritu. Le tenía horror al orfelinato y la escudilla era para él el instrumento denigrante. La Maternal que vió cuidada por Carmen Lyra no recluía niños. Les acogía con inteligencia para asearlos, para alimentarlos, para habituarlos a sentirse personas y no cosas. Les infundía sentimientos de dignidad y el señor Urién, que había leído a Sarmiento, encontraba que las ideas de su compatriota trabajaban. No ejerció actos de filantropía. Ayudó a aquella población necesitada, porque sentía que había que formar un tipo decente de escolar. Si hubiera visto asomos de orfelinato no habría dado su cariño protector a la Maternal.

No fué don Arturo un hombre bueno, esto es, no vivió de acuerdo con normas inofensivas. Censuró y estuvo lleno de inconformidad. Hablaba de la Argentina y exaltaba lo bueno sin acudir al superlativo. De lo malo daba juicios condenatorios muy severos. De lo nuestro, de lo que vió diariamente a su alrededor, conversó con franqueza. Era placer escucharlo porque no conocía la cuerda floja y caminaba sin detenerse en los tropiezos. Por sus preocupaciones filosóficas ingresó a la sociedad teosófica. No se aplanó en este medio de jerarquías. Discutió, riñó con el dogmático, se apartó del fanático. Le pareció encontrar mucho rito y mucha artificiosidad. Habló sin sumisión y fué quedándose aislado. No fué don Arturo Urién un hombre bueno.

Fué un hombre de buen nombre y agrada presentarlo con la expresión fragante de Gracián: no hay olor como el del buen nombre. Trasciende y estimula la naturaleza fuerte. Es gente de buen olor lo que hace falta. Hay mucha pudrición revelada y oculta. Alegra pensar en este argentino que nos dió ejemplo aleccionador. Cuando lo usual es en gentes de su orden rodearse de holgura y dejar que el tiempo pase sin obra de valer, él apartó lo superfluo y dió sentido a su vida.

INDICE



CINCO LIBROS QUE CONVIENEN A LOS MAESTROS:

- Rudolf Lehmann: *Goethe y el problema de la educación individual* ₡ 3.00
 - Margarita Comas: *La coeducación de los sexos* 2.00
 - F. A. Vuillermet: *La juventud y los deportes* 2.00
 - A. y J. Mchmieder: *Didáctica general* 4.50
 - W. A. Lay: *Manual de pedagogía* 5.50
- Solicítelos al Admor. del Rep. Am.

DOCTOR
EDUARDO FOURNIER QUIROS
MÉDICO Y CIRUJANO
Despacha en la Clínica del Dr. Figueres
CONSULTAS
De 10 a 12 y de 3 a 5

No se engañe el calculador creyendo que buen nombre es cautela y compás y regla para medir el día y la noche. Sin hacer faena que riña con el medio aletargado no se lucha por el buen nombre. Entendamos el sentido del buen nombre. No es capa de barniz que hace resaltar una personalidad neutral. Encontramos en nuestras lecturas una reseña pintoresca del hombre bueno. La hace el escritor Grandmontagne a propósito del "venerable historiador y pedagogo francés monsieur Charles Seignobos" que ha alcanzado edad octogenaria "en el pleno goce de una juventud inverosímil; el cuerpo ágil, la voluntad enhiesta, el espíritu pujante, la mente lúcida; sin achaques ni alifafes". Festejan al octogenario adolescente y quieren los festejantes conocer los medios que le han dado semejante ventura. Es interrogado y responde: "jamás he cometido un exceso, ni uno solo, mis queridos amigos. Nunca he fumado, ni bebido más que agua pura. Durante toda mi vida me he acostado a la hora de las gallinas y abandono la cama al primer canto del gallo. No me he casado. Sólo una vez estuve enamorado, pero a los ocho días juzgué que esta duración era un exceso, y cesó la pasión, volviendo mi espíritu a la tranquilidad más completa y al más justo equilibrio. He ahí el secreto de mi feliz conservación. Ofrezco gratuitamente la receta". He ahí el credo perfecto del

Quien tome KINOCOLA,

debe estar seguro que va a recibir una acción saludable sobre el Cerebro, el Sistema Nervioso, el Corazón y los Riñones. Porque compuesta de:

- Rojo de Kola con Glicerofosfatos de Calcio y Sodio y Gluconato de Calcio,
- Núcleo de Kola con Cafeína y Teobromina,
- Núcleo Quinado con los Alcaloides Naturales y otros principios de la Quina Succirubra,

tales centros se benefician prontamente con la energía curativa de esas sustancias en la siguiente forma:

EL ROJO DE KOLA, unido al GLUCONATO y al GLICEROFOSFATO DE CALCIO Y SODIO, constituye la asociación por excelencia buena, reconstituyente del cerebro y del sistema nervioso, según comprobaciones ampliamente conocidas en el mundo médico.

EL NUCLEO DE KOLA CON CAFEINA Y TEOBROMINA, rico además en MATERIAS NUTRITIVAS, es el gran tónico del corazón y de los riñones: es el foco dinámico que da a la Kinocola su peculiar valor cardiotónico y diurético. Agréguese además, que esta asociación natural cafeinada, en cooperación del grupo anterior, se comporta como el Agente casi específico, excitador de los centros nerviosos y tendremos que la Kinocola es positivamente un ALIMENTO DE RESERVA, PREVENTIVO DE LA FATIGA MUSCULAR y de la DEBILIDAD.

hombre bueno, decimos. Pero no el del hombre que anhele el olor del buen nombre. La fragancia nace como de resina frotada, no bajo alero, sino al sol y a la lluvia. El hombre bueno no se moja nunca, porque todo lo preve y huye de las tempestades muchas horas antes de que aparezcan. Hecho de capas agregadas, cuidadosamente defiende las junturas de los elementos destructores. Su credo es por eso el que resume en receta jocosa el historiador y pedagogo Seignobos.

Buen nombre no es pulcritud, no es ausencia de pasión creadora. El comodioso no gozará nunca de la fragancia del buen nombre. En la lucha contra el medio achatador es en donde el hombre pule su alma y la hace ganar batallas. Pero para esa lucha precisa sudar y asolearse y recibir agua de lluvia. La seguridad de un alero no es para el inconforme. Allí vegeta el hombre bueno que vive indiferente, cuidando tan solo de su comodidad, atento a seguir al pie de la letra el credo de monsieur Charles Seignobos.

Queremos que la gente nueva luche por el buen nombre que es de olor que trasciende. Y que lo opongá a la conformidad miserable del hombre bueno. En la vida de este argentino que pasó por aquí dejando la fragancia de su nombre hay enseñanza duradera. Justicia es hablar de él cuando ya no puede exigir silencio a sus amigos. En la Argentina habrá muchos que lo ignoren, pero conociendo sus hechos lo exaltarán. Honró una posición dándole el sentido civilizador que hasta aquí le ha faltado precisamente por estar al servicio de los gobiernos, por ser agencia de cortesanía. Se le recuerda públicamente cuando ya ha muerto, no para lamentar su desaparición y hacerle necrología, sino para contar que vivió en Costa Rica afanado en hacer decente la vida del niño, en procurar la difusión de las buenas ideas, en llenar de inconformidad el espíritu como preparación para el combate que no tiene tregua. No levantó tribuna para pregonar su magnanimidad ni para divulgar su ideología. Sólo trabajó asiduamente y puede presentarlo el que le conoció y le tuvo cariño, con la expresión fina de Gracián: no hay olor como el del buen nombre.

Juan del Camino

Costa Rica y setiembre de 1933.

INDICE



OCHO LIBROS QUE LE INTERESAN:

- Oskar Pfister: *El psicoanálisis y la educación* ₡ 4.25
- W. L. Eikenberry y R. A. Wardron: *Biología pedagógica* 5.50
- María Teresa Díez París: *Un ensayo de educación activa* 1.25
- Lorenzo Luzuriaga: *La nueva escuela pública* 2.00
- Marcelo Agudo: *El plan Howard* 2.25

Solicítelos al Admor. del Rep. Am.

Seis baladas de Hernán Gómez

(Del libro ALABANZAS en prensa)

= Envío del autor. Buenos Aires, R. A. =

BALADA A FRANCISCO LOPEZ MERINO

No sé si estás mejor así,
sobre el pecho las manos frías.
Siempre alegre te conocí,
pero qué lejos esos días.
Por cualquier cosa te reías.
Hoy, que la tierra te ha cubierto,
miro viva tu imagen y
pienso en ti, pobre amigo muerto.

Acaso andas cercano a mí.
Tanto partimos alegrías.
Vez que un mal verso te lei
tú un buen verso me retribuías.
Los dos usábamos vacías
carteras de rico, por cierto.
Jovial escucho tu voz y
pienso en ti, pobre amigo muerto.

No quise ir contigo hasta ahí.
Llevabas tantas compañías,
claro que todas buenas y
algunas santas que tenías,
pero después de muchos días
aun te sigo con paso incierto,
recuerdo tras recuerdo y
pienso en ti, pobre amigo muerto.

Envío

Panchito López: me tendías
tu amistad como un libro abierto.
Igual la mía te ofrecí,
mas mis manos fueron tardías.
Cierro el libro ya inútil y
pienso en ti, pobre amigo muerto.

BALADA A ENRIQUE ESPINOZA

Tú nunca has pulido otro lente
que el de tus anteojos, ni has sido
conminado descortesmente
a dejar el país querido
en que has luchado y has sufrido
como lo sabe poca gente.
Conservas, por lealtad, la zeta,
mas tienes una e sobrante,
aunque en tu partida completa
lleve Enrique un Baruch delante.

En tierra extraña, nuevamente
inquieta tu alma, has renacido,
y otra vez en la misma fuente.
honda de siglos, has bebido.
Pero con moderno sentido
y por camino divergente
te orientas con ojos de esteta,
sin dejar la tierra un instante,
cierto de una celeste meta,
como que Baruch va delante.

En un punto "homónimamente",
o por entero, han coincidido
con tu magnífico pariente,
y este punto único ha sido
el patrimonio inmerecido
de una pobreza consecuente.
Siempre pobreza es la muleta
de todo espíritu pensante.
De pobre casi eres poeta.
Por algo Baruch va delante.

Envío

Enrique: guarda en tu maleta
esta balada trashumante,
y que tu buen humor la aguante,
bueno con e, bueno con zeta...
Y que Baruch siga adelante!

BALADA A LUIS FRANCO

Para Luis Franco en remota Belén
que no es la santa, pero lo merece
porque le sobran estrellas y en
ella pacen el asno, el buey, y aun crece
hasta el olivo de Jerusalén.
Para Luis Franco en remota Belén.

Guíen sus manos el verso o la reja,
siempre en sus labios la palabra amiga
que en la boca sabor de vino deja,
y, como el sueño, ahuyenta la fatiga.
Surcos nuevos en alma o tierra vieja.
guíen sus manos el verso o la reja.

Como su corazón cuida su viña,
no ofrece uva en agraz ni libros flojos
él es quien como un padre dice "niña"
de la viña que en su verso y sus ojos
una sonrisa maliciosa guiña.
Como su corazón cuida su viña.

Envío

Luis L. de antes, Luis solo hoy, más Franco,
por tu amistad, abierta cual tu casa,
mi envío anudo en la nube que pasa
rumbo a Belén, como Gaspar, rey blanco.

BALADA DE LAS COSAS PERDIDAS Y DE SU BUSQUEDA

¿Dónde está el niño que tenía
en el estanque un gran velero?
¿Dónde su voz que repetía
los versos que recuerdo y quiero?
¿Dónde su paso en el sendero
que era el contorno de su mundo?
¿Dónde su cara bendecida
y su mirar franco y profundo?
¿Debo buscarlo en otra vida?

¿Dónde está el libro que leía
lleno de asombro verdadero?
¿Dónde el gnomo, cuya alegría
brotaba bajo un gran sombrero?
¿Dónde, en acecho, el lobo fiero,
en la selva antes vagabundo?
¿Dónde, en acecho, el lobo fiero,
en la selva antes vagabundo?
¿Dónde el héroe de alma encendida:
¿Amadís, Arturo, Raymundo?
¿Debo buscarlo en otra vida?

¿Dónde está la que más quería,
a quien se daba por entero?
¿Dónde la silla en que tejía,
cercana al fuego del brasero?
¿Dónde su rostro serio, pero
en cuya luz aun me inundo?
¿Dónde su alma amanecida?
¿Dónde su hablar meditabundo?
¿Debo buscarlo en otra vida?

Envío

Vida: ¿dónde está mi romero
y la torcaz que en él anida?
¿Dónde el regalo que aun espero?
¿Debo buscarlo en otra vida?

BALADA A ELOISA CAMPOS

Ya franqueaste la última puerta.
Se nos queda sola la casa.
Yo estoy sufriendo y tú estás muerta.
Mi alma de cuarto en cuarto pasa,
mas todavía no hallo abierta
para mí la impasible hoja.
Fuera cae la noche y siento
en la mano sutil del viento
un día más que se deshoja.

Tranquila tu alma, pero alerta,
tomaba calor de una brasa
por leve ceniza cubierta.
La muerte, que tu gesto arrasa,
te guardó una sonrisa yerta
enarbolada en tu congoja.
Aun obsede tu pensamiento
que enumera, sin desaliento:
Un día más que se deshoja.

Agonizante así, despierta,
empieándote en poner mordaza
al horror de una espera incierta.
Manaba tu energía escasa
ternura en consolar experta
para la lágrima que aun moja
nuestros ojos con su comento
tan silencioso, amargo y lento:
Un día más que se deshoja.

Envío

Amiga: se apagó tu aliento
como en otoño la hoja floja.
Y anoto en tu descendimiento:
Un alma más que se deshoja.

BALADA DE LOS BUENOS DIAS

Este es sábado de reposo
y tú, recién amanecido,
trabajas y lo haces con gozo.
Antes no hubieras transgredido
la ley con tan descomedido
y fino arreglo de vidriera.
Me extraña mucho que te rías...
Pero es tu risa tan sincera!
Que el Señor te dé buenos días.

¡Tu barba, qué antiguo alborozo!
¡Tu ojo, qué cielo prometido!
Mas tu corazón no es celoso
y de piedad se ha desvestido.
Si hasta hay en tu boca un silbido
escandaloso en gran manera...
Pero tus locas alegrías
regocijan el alba entera.
Que el Señor te dé buenos días.

Sin embargo, por hacendoso
no serás de Jehová afligido,
y acaso por ti venturoso
tu corazón ha bendecido.
Trabajo es honra y nunca olvido
de la única ley verdadera.
Amós, Oseas e Isaias
te cubren con frase severa.
Que el Señor te dé buenos días.

Envío

Amigo: ahóndese tu pozo
de bienandanzas y alegrías,
aun con sábados sin reposo.
Que el Señor te dé buenos días.

Hernán Gómez